LIBRO dot.com

LA ROSA AMARILLA

Mór Jókai



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

I

En aquel tiempo, los carriles de hierro aún no habían cruzado la ancha llanura de Hortobágy, ni el humo de la locomotora señalado su estela sobre el inconmensurable llano húngaro. Las aguas del Hortobágy todavía no habían sido derivadas, y las dos ruedas del molino chapoteaban alegres en el arroyuelo, mientras la nutria permanecía tranquilamente en el espeso cañaveral.

Hacia el alba, un jinete atraviesa la pradera de Zám, que, considerando a la ciudad de Debrecen como centro del mundo, se extiende más allá de Hortobágy. Imposible adivinar de dónde viene y adónde va, pues no hay caminos en el llano: la hierba crece tan de prisa que oculta pronto el rastro de las ruedas y las huellas de las herraduras. Hasta donde el inmenso horizonte alcanza, todo es hierba, y nada más que hierba. Ningún árbol, ningún cigoñal para extraer agua, ninguna cabaña interrumpe aquel majestuoso y verdeante desierto. El caballo se deja guiar por su instinto. Su jinete se ha adormecido sobre la silla, y sueña; el cuerpo, huesudo, tan pronto se inclina hacia la derecha como hacia la izquierda; mas, sin embargo, sus pies no sueltan los estribos.

Aquel matinal jinete debe ser un vaquero, pues las anchas mangas de su blanca camisa están sujetas por delante, en las muñecas, ya que las mangas flotantes le molestarían entre el ganado. Su chaleco es azul y el jubón negro, adornado con botones brillantes; negro también es su magnífico szür,1con flores bordadas en seda, colgando de su hombro, sujeto por una correa con una hebilla. Su mano izquierda sostiene las riendas, aflojadas; en torno de la muñeca derecha se enreda el mango de su látigo de montar, en forma de anillo, y en las alforjillas de cuero de la silla el pesado y largo garrote brilla cubierto de plomo.

El sombrero, de anchas y retorcidas alas, está adornado con una rosa amarilla, medio mustia.

Tan sólo cuando, de tiempo en tiempo, el caballo alza la cabeza y se encabrita, solamente entonces se sobresalta por un momento en su sueño el jinete somnoliento. Con rápido movimiento se toca el sombrero para enterarse de si ha perdido la rosa; después se quita el sombrero, y con placer voluptuoso respira el perfume de la rosa amarilla —que, sin embargo, no tiene el perfume de una rosa— vuelve a colocarse el fieltro de anchas alas sobre la cabeza y echa hacia atrás la nuca, cual si de aquel modo creyera poder contemplar la rosa de su sombrero.

Luego, para no dormirse, canturrea en voz baja su canción favorita:

La taberna no está cerca,
mas dan en ella un buen vino...
Aunque la novia esté lejos
parece corto el camino.

Después su cabeza vuelve a inclinarse sobre el pecho y se duerme de nuevo.

En el próximo sobresalto descubre, lleno de terror, que ha perdido la rosa.

Al instante hace volver grupas a su caballo, y comienza a buscar la rosa entre la espesa hierba, que, precisamente, está llena de flores amarillas, pues en aquella época florecen los dientes de león y los lirios de agua, de color amarillo obscuro. Pero, aun entre los millares de flores amarillas, encuentra la suya; vuélvela a colocar en su sombrero y continúa canturreando:

El manzano ha echado flores
y ya no se ve el clavel...
Busco el rastro de mi amada
y no puedo dar con él.

De nuevo se duerme y de nuevo vuelve a perder su rosa. Y otra vez hace volver grupas a su caballo para marchar en busca de la flor perdida. Esta vez la descubre entre los botones de las flores escarlatas de un cardo. Furioso, aplasta el cardo con los tacones herrados de sus botas... ¡Cómo ha podido atreverse el cardo a besar la rosa!

Después salta de nuevo sobre la silla.

Si fuese supersticioso, no pondría por tercera vez la rosa sobre su sombrero. Si comprendiese el lenguaje de los pájaros, comprendería lo que millares de alondras le cantan, alzándose hasta una increíble altura adonde no alcanza el ojo humano, para saludar a la aurora. Todas aquellas avecillas le dicen con sus trinos: "No la pongas, no pongas tu rosa amarilla." Pero los jóvenes campesinos de Hortobágy son testarudos, y no saben lo que es la superstición ni el miedo.

No obstante, había perdido mucho tiempo buscando la rosa, quizá para merecerla más, y debía encontrarse ya en el abrevadero del coto para la hora matinal de dar de beber al ganado; seguramente que el jefe de los vaqueros iba a jurar enfadado y a echar pestes.

¡Bah! ¡Que jurase todo lo que quisiera! Un hombre que lleva en el sombrero semejante rosa amarilla no teme ni siquiera al amo.

De improviso sintióse despertado por el relincho de su caballo. Su blanco caballo había descubierto a un jinete que venía hacia ellos. El caballo alazán es amigo antiguo, y por eso el otro lo saluda desde lejos.

El jinete del caballo alazán es un potrero. Bien se ve esto en las anchas mangas flotantes de su camisa, en el szür blanco, bordado de tulipanes, y en el lazo que cuelga de su hombro; pero en lo que más claramente se le reconoce es en que la silla no está sujeta por una correa a los riñones del animal, sino puesta simplemente sobre su lomo.

Y no son sólo los animales, sino también los jinetes los que desde lejos se reconocen, espoleando sus caballos y galopando el uno hacia el otro.

Son dos tipos verdaderamente húngaros, aunque profundamente distintos. Así debieron ser los primeros húngaros cuando vinieron del Asia.

El vaquero es un mozo huesudo, de anchas espaldas, con un cuello corto y fuerte; en su rostro resplandece la salud, sus mejillas tienen el fuego de la juventud, sus gruesos labios

brillan rojos como las granadas, sus bigotes están retorcidos en punta y sus espesos cabellos castaños cortados en redondo; sus ojos, color de avellana, parecen lucir como verdeantes desde el primer momento.

El potrero es arrojado y flexible; sus caderas y sus espaldas están fuertemente desarrolladas, y el pecho ampliamente bombeado. El color de su rostro luce como si fuese de bronce dorado; la boca y las cejas tienen rasgos provocativos, y los labios y la nariz son de una belleza perfecta; bajo las cejas, audazmente arqueadas, lucen dos ojillos negros como el carbón; el bigote negro se le riza naturalmente, y sus cabellos, negros como la noche, caen también en bucles naturales sobre los hombros.

Los dos animales se saludan relinchando, y el potrero es el primero en saludar a su camarada.

—Salud, compañero. ¿Cómo tan pronto levantado? ¿Es que no te acostaste?

—Salud, amigo. Manos cariñosas me durmieron, y manos cariñosas me han despertado.

—¿De dónde vienes?

—De la llanura de Mátra; he estado en casa del veterinario.

—¿En casa del veterinario? Pues entonces ya puedes con toda tranquilidad darle la puntilla a tu caballo blanco.

—¿Y por qué he de matarlo?

—Porque se ha dejado adelantar por el jaco esmirriado del veterinario; ya hace media hora que le he visto, haciendo rodar su coche de dos ruedas hacia los pastos de Mátra.

—¡Dejemos eso, compañero! Tu caballo alazán también se deja con bastante frecuencia adelantar por el burro del pastor.

—¡Caramba! ¡Qué rosa tan linda llevas en el sombrero!

—La lleva quien la merece.

—¡Con tal de que luego no te pese el haberla merecido!

Y el potrero alzó el puño con gesto amenazador, tanto, que las anchas mangas abolsadas cayeron hasta los hombros, dejando ver el brazo nervudo y tostado por el sol.

Ambos dieron después un espolazo a sus caballos, y uno y otro se alejaron galopando.

II

El vaquero galopaba hacia los pastos; en el borde del horizonte aclarábanse ya las colinas de Zám y el bosquecillo de acacias, y el pozo grande con su triple cigoñal cada vez se hacía más visible. Sin embargo, todavía, hasta llegar allí, quedaba un buen trozo de camino para galopar. El vaquero arrancó entonces de su sombrero la traidora rosa amarilla, envolvióla cuidadosamente en su rojo pañuelo y la dejó deslizar lentamente en la atada manga de su szür.

Mas el potrero tomó otro camino, y dando un espolazo a su caballo, lo dirigió hacia el sitio donde, en medio de la ancha llanura verdeante de Hortobágy, la niebla azul flotante sobre el suelo señalaba la existencia de un arroyo. Lo principal para él era encontrar pronto el rosal donde había florecido aquella admirada rosa amarilla.

En todo el llano de Hortobágy no había más que un rosal parecido, y este rosal se encontraba en el jardincillo del arrendador de la taberna. Según dicen, un forastero lo trajo en otro tiempo de Bélgica, y aquel rosal era maravilloso, pues florecía durante todo el verano; en pascua de Pentecostés se abrían las primeras rosas, y todavía tarde, en el adviento, continuaban brotando los olorosos capullos. Sus flores eran amarillas, como el oro puro; su perfume se asemejaba más al del noble vino moscatel que al de una rosa, y a muchas personas que lo olieron —¡oh, a muchas!— se les había subido a la cabeza, engatusándoles los sentidos.

Llamaban también "la rosa amarilla" a la muchacha que acostumbraba a coger aquellas rosas, la mayor parte de las veces no para ella.

Tampoco de ella se sabía nada de cómo había venido a la casa del viejo tabernero. Era como algo que hubiese quedado allí olvidado. De este modo permaneció en aquella casa y fue educada, hasta quedar convertida en una linda desenvuelta flor de la llanura.

No era rojo su rostro, como el de las demás campesinas, sino de un amarillo transparente y aterciopelado; y, sin embargo, no era un amarillo enfermizo, pues bajo él palpitaba una vida cálida y radiante, y cuando sonreía era como si brotasen de su rostro llamaradas de fuego. La boca, siempre abierta para la sonrisa, y la comisura de los labios pícaros se combinaban muy bien con sus ojos azules obscuros, de los cuales nadie sabía con seguridad si eran azules o negros, porque el que una vez miraba en su interior se olvidaba de todo, de la vida y de sí mismo. Negros como la noche eran sus cabellos, que, en fuerte trenza, atada con una cinta amarilla, descendían hasta el borde de su zagalejo, ondulándose y rizándose naturalmente, sin que, como otras, hubiese ella tenido que emplear jugo de membrillo para tenerlos ensortijados.

¡Y qué de lindas canciones sabía, y qué bien las cantaba cuando tenía ganas! Lo mismo cantaba si estaba alegre que si estaba triste, ya que cada estado de espíritu tiene sus canciones. Una muchacha campesina no puede vivir sin canciones; cantando, la labor se realiza mejor, el tiempo pasa más de prisa y el camino parece más corto.

Ya a primera hora de la mañana, cuando apenas si el cielo está teñido de rosa, se la oía cantar mientras arrancaba las hierbas malas del jardín.

El viejo tabernero no se ocupaba ya de su comercio; el servicio de los huéspedes estaba abandonado por completo a la muchacha, la cual servía el vino, guisaba y sacaba las cuentas. El viejo vigilaba sus abejas, que hacen sus enjambres precisamente en unos cestos viejos. Entonces, desde el patio, escuchó el pataleo de un caballo; ladraban los perros, con el amistoso ladrido de que suelen servirse para saludar a los conocidos.

—Clarita, ve a la tienda. ¿No oyes? Los perros ladran, ha llegado un huésped. Sírvelo bien.

La muchacha dejó que sobre sus piernas, llenas y bien formadas, se deslizase el zagalejo, que se había levantado para escardar; se puso sus zapatos escotados, con hebilla de mariposa; lavóse las manos, sucias por los trajines de la escardadura, con el agua de la regadera, y se las secó rápida con el delantal; después se quitó el delantal ordinario, bajo el cual llevaba siempre otro, blanco y limpio, del que pendía la llave de la bodega. Todavía hubo de quitarse de prisa la toquilla de mezcla que llevaba sobre su cabeza, mojó con la lengua las palmas de sus manos, para desviar de su frente los cabellos rebeldes, y, bruscamente, cogió una rosa del rosal siempre florido, para ponérsela entre sus cabellos, negros como la noche.

—¡Arrancas otra rosa! ¿Y si el huésped es un guardia?

¿Qué significaba aquello? ¿Acaso no puede colocarse una rosa sobre el quepis de un guardia? ¿Acaso para un guardia la cosa no merece la pena? Eso, precisamente, es cosa que depende del guardia.

Pero en modo alguno es un guardia lo que la muchacha ha visto sentado en el extremo de la larga mesa de la tienda, sino Alejandro Décsi, el más imponente de todos los potreros.

Él, al verla, golpea la mesa con un vaso vacío, y grita a la muchacha con un aire de lúgubre majestad:

—¡Trae vino!

La muchacha, al descubrir al mozo, lanza un grito y junta las manos con asombro:

—¡Alejandro Décsi! ¿Luego... has vuelto? ¡Alejandro! ¡Querido, tesoro mío!

—Te he dicho que traigas vino —gritó el mozo, y apoyó la cabeza en la palma de su mano.

—¡Ah! ¿Conque me saludas así, después de una ausencia tan larga?

Entonces el potrero recobra su inteligencia; sabe muy bien lo que es conveniente. Se quita el sombrero, lo coloca sobre la mesa, y dice:

—Buenos días, señorita.

La muchacha se burla de él, enseñándole la sonrosada punta de su lengua; después va detrás del mostrador, alzando los hombros, obstinada, y haciendo de paso balancear sus

caderas. Vuelve luego con el vino, lo coloca delante del sombrío huésped, y con voz que tiembla de emoción le pregunta:

—¿Por qué me llamas señorita?

—Porque eres una señorita.

—También lo era antes, y, sin embargo, nunca me has llamado de ese modo.

—Eso fue en otro tiempo, la época antigua.

—Entonces, aquí tienes el vino. ¿Quieres también otra cosa?

—Gracias. Más tarde.

La muchacha hizo chascar la lengua furiosamente, y después se sentó cerca de él sobre el banco.

Pero el mozo se llevó la botella a los labios y no la dejó sobre la mesa hasta no haberla vaciado hasta la última gota. Después la arrojó bruscamente contra los ladrillos del suelo, de modo que se rompió en mil pedazos.

—¿Por qué has roto la botella? —le preguntó la muchacha dulcemente.

—Para que nadie beba más en ella.

Luego, con un gesto orgulloso, echó tres "lenguas de papel" sobre la mesa. Tal era el nombre vulgar de los billetes de banco de diez krajcár.2 Dos billetes por el vino y uno por la botella rota.

La hija de la llanura, obediente, cogió la escoba grande de paja y barrió los trozos de vidrio. Después, conociendo perfectamente las reglas de la bebida, volvió detrás del mostrador, trajo una segunda botella y la colocó ante el mozo.

Se sentó de nuevo cerca de él, y le hubiera gustado poder mirarle a los ojos.

Pero precisamente por eso, el mozo se bajó cada vez más el sombrero hasta la frente.

Entonces la muchacha le arrancó el sombrero a su fúnebre compañero, tratando de poner en él aquella rosa que llevaba prendida entre sus cabellos.

—Guarda tus rosas para aquel que es más digno de ellas que yo.

—¡Alejandro! ¿Quieres ofenderme y hacerme llorar?

—Tus lágrimas son falsas, tan falsas como tus rezos. ¿No acabas de colocar antes de amanecer una rosa en el sombrero de Paco Lacza?

—Alejandro, te juro ante Dios que...

No le dejó acabar la frase, poniendo rápidamente su mano sobre los labios de la muchacha.

—No abuses del nombre de Dios para cubrir tu falsedad. ¿De dónde sacas esos pendientes de oro?

La muchacha se echó a reír.

—¡Oh, tontín! Pero si son los mismos pendientes de plata que tú me regalaste, sólo que los he hecho dorar en casa del platero de la ciudad.

Entonces el potrero cogió delicadamente las dos manos de la muchacha y comenzó a hablarle en voz baja y henchida de amoroso anhelo.

—¡Clara, querida Clarita! Mira, ya no te llamo más señorita. Pero voy a pedirte una cosa: no me mientas, porque no hay nada que aborrezca tanto como la mentira. Hay costumbre de decir: "perro mentiroso". Y, sin embargo, el perro nunca miente. Su ladrido suena de modo distinto cuando los ladrones quieren entrar en la granja que cuando su amo acaba de llegar; y cuando olfatea el peligro, su ladrido se convierte en aullido. El perro tiene honor dentro de su cuerpo. Sólo el hombre sabe mentir. Yo no sería capaz nunca de hacerlo, porque mi lengua no sabe pronunciar una mentira. No es cosa digna de hombre. Tan mal está el que la mentira salga de entre unos labios peludos como del hocico de un cerdo que temiese el palo. Ya ves, nena: cuando el pasado otoño vino a la ciudad la comisión de reclutamiento, nos llamaron también a nosotros, a los mozos del llano. Pero el ayuntamiento, como nos necesita, quería retenernos cerca de los ganados y de las yeguadas. Bueno; pues los miembros de la comisión fueron sobornados con antelación, por lo cual el médico militar hubo de decirnos al oído a cada uno de nosotros qué enfermedad era la que debíamos alegar para ser dados como inútiles para el servicio de las armas. Paco Lacza entró en el engaño, y hubo de mentir ante la comisión, diciendo que era completamente sordo y que ni siquiera podía oír los redobles del tambor. Oyendo aquella cobardía, mis mejillas despedían fuego. Lo enviaron a su casa, a pesar de tener un oído tan fino que durante la noche es capaz de distinguir por el balido de los animales si uno extraño se ha metido entre los de su rebaño, o si una vaca llama a su ternero extraviado. Aun así, aquel miserable fue capaz de sostener semejante mentira. Entonces me llegó el turno; se acercó el médico y examinó todo mi cuerpo, y al fin afirmó que mi corazón palpitaba de una manera irregular. "Bueno —dije entonces yo— si palpita irregularmente, la culpa no es de mi corazón, sino de la rosa amarilla que vive en la posada del Hortobágy." Pero todos aquellos señores insistieron cerca de mí para que dejase hablar al médico, es decir, para que diese como cierto el que sufría de una dilatación del corazón. Pero yo contesté: "Ni mi corazón está dilatado, ni nada hay dentro de él, salvo el cariño de una linda muchachita. Gracias a Dios, no tengo enfermedad alguna." Y, claro está, me dieron por útil y fui soldado. Mas hay que decir que me tuvieron en estimación, pues ni siquiera me cortaron el pelo, y tal como estaba, me enviaron de soldado potrero a la real yeguada de Mezöhegyes. Allí he estado seis meses, hasta que nuestro ayuntamiento remitió los mil florines para librarme del servicio militar, ya que aquí tenían mucha necesidad de mí. Pues bien: tendré que trabajar duramente por estos mil florines; pero al menos no podrán decir que los he ganado con mi embustera lengua, como ese otro.

Clara pretendía desprender sus manos de las del mozo, dando al asunto un giro agradable.

—¡Oh, querido Alejandro, qué bien has aprendido a sermonear comiendo el rancho del emperador! Teniendo tantas y tan lindas palabras, podrías ir los domingos a predicar en Balmazujváros.

—Bueno, bueno; no gastes bromas. Sé muy bien lo que tienes dentro. Tú dices para tu coleto: "Las mujeres son débiles y no poseen más armas que sus mentiras. Sin eso estarían perdidas. Lo que para la liebre significa la ligereza y para el pájaro las alas, es para la mujer su lengua falsa y engañosa." Pero ya ves. Soy un hombre que nunca hace daño alguno a aquellos que son más débiles que yo... La liebre en su madriguera y el pájaro en su nido pueden dormir tranquilamente, que no iré a molestarlos. Y aquella muchacha que me diga la verdad no tiene que temer de mí ni una palabra malsonante ni una mirada aviesa. Ahora, si pretendieras contarme mentiras, entonces te despreciaría tanto como si pintase de rojo, con las pinturas de Viena, tu lindo rostro pálido y puro. Ya ves: esa rosa que tienes en la mano, apenas si está abierta. Pues bien: si yo echase sobre ella mi cálido aliento, uno tras otro se irían separando todos sus pétalos. Sé tú para mí como una rosa amarilla semejante; ábreme tu corazón y tu alma; no importa que me confieses lo que sea; no me enfadaré; te lo perdono todo, aunque hubiera de reventar mi corazón.

—Y entonces, ¿qué me darías en lugar de tu corazón?

—¡Todo cuanto me quedase!

La muchacha conocía las costumbres del muchacho yegüerizo; sabía que, muy de mañana, todo potrero gusta de mezclar con el vino un trozo de tocino gordo, bien espolvoreado de pimienta roja, y un buen pedazo de pan tierno y blanco. Colocó los dos objetos ante él, y, en efecto, el yegüerizo no los rechazó. Extrajo de sus botas un cuchillo de buena punta, con estrellado mango, y cortándose un trozo grande de pan y otro tanto de tocino gordo, comióselo todo con buen apetito.

El perro velludo entró por la puerta y fue hacia el huésped agitando la cola, frotando su cabeza contra las rodillas de aquél; después se acostó frente a él, mirándole a los ojos, testimoniando su alegría por ver nuevamente al huésped, gruñendo y bostezando amablemente.

—Hasta el Bodri te conoce.

—Sí, el perro conserva fidelidad. Únicamente la muchacha se ha olvidado.

—¡Oh, Alejandro, Alejandro; qué mal hiciste en no haber dicho aquella pequeña mentira! No te hubieran enviado a Mezöhegyes como yegüerizo. No está bien dejar solo a su tesoro; no está bien, porque cuando las lilas se inclinan de la cerca y están en flor, todos los que pasan sienten el deseo de coger flores.

Al oír estas palabras, se le cayó de la boca al mozo el pedazo que estaba comiendo; lo tiró al perro, que se lo engulló con avidez.

—¿Lo dices en serio?

—Ya sabes que lo dice la copla:

Cuando la lluvia sorprende
a una muchacha en el campo,
si algún mozo la tropieza
la esconde bajo su manto.

—Sí, y también conozco la respuesta:

La moza entonces al mozo
dedica todo su afán,
mirando su szür bordado
con flores de tulipán.

—¡Vete, mastín! En cuanto ves comer a cualquiera no cesas de mover la cola.

El caballo del mozo comenzó a relinchar en el patio. Clara salió, volviendo pronto.

—¿Dónde has ido?

—A meter en la cuadra a tu caballo.

—¿Quién te ha dicho de hacerlo?

—Nadie; porque tengo esa costumbre.

—Pues ahora la costumbre va a cambiar. Me marcho enseguida.

—¿No quieres comer? ¿Es que ya no te agrada el tocino gordo y el pan blanco? ¿Acaso te ha maleado el rancho del emperador? Espera, voy a traerte algo mejor.

Y abriendo la puerta del armario sacó de él un plato con pollos asados. Sabía muy bien que aquél era el manjar favorito del yegüerizo: un pollo asado frío.

—¿Restos de quién son esos pollos? —preguntó el mozo con malicia.

—No demuestra mucha inteligencia tu pregunta. Ya sabes que aquí vienen huéspedes, y que aso pollos para todos los que me los pagan.

—¿De modo que esta noche pasada ha habido señores en vuestra casa?

—Ya lo creo. Dos señores de Viena, y dos de Debrecen; se han estado divirtiendo hasta las dos de la madrugada y después han continuado su camino. Si no lo crees, puedo enseñarte el registro de viajeros, y en él podrás leer sus nombres.

—Está bien, deseo creerte.

Y el mozo se puso a comer de su plato favorito.

El gato grande, de curvado lomo, que hasta entonces había estado tendido sobre el banco, cerca del horno, lavándose el hocico con las patas, comenzó entonces a moverse, se puso en pie, se estiró, enarcó el lomo y luego saltó bruscamente al suelo; después se arrimó silenciosamente al potrero, colocó sus patas delante sobre sus botas, lo que suelen decir sirve para señalar hasta qué altura llegará la nieve sobre los campos en el próximo invierno. Después, de un salto se puso sobre las rodillas del mozo, frotó su cabeza contra las manos de aquél, le lamió los dedos uno tras otro y se apretó con fuerza contra el pecho del mancebo.

—Ya ves, también el gato te acaricia.

—Pero a éste no le pregunto sobre las rodillas de quién roncó ayer... ¿Cuánto debo por el pollo asado?

—¿Tú? Nada, ya otro lo dejó pagado. ¿Por qué tienes tanta prisa?

—Es preciso que lleve una carta al veterinario de la llanura de Mátra.

—No le encontrarás en su casa. Esta mañana, a las tres, ha estado aquí en busca de los huéspedes forasteros. Cuando supo que ya se habían marchado, los siguió con su cochecillo con dirección a la llanura de Zám. Los huéspedes habían venido a comprar ganado a los ganaderos de Debrecen. Uno de ellos es empleado en casa de un conde de Moravia, que hace criar en su casa nuestros animales de la gran llanura; el otro es una especie de pintor. Me ha dibujado en su cuadernito y también al vaquero.

—¿Ah, conque el vaquero estaba también aquí?

—Claro que estaba aquí; había venido para guiar a los forasteros a través del llano de Hortobágy y hacia el de Zám.

—¿Sí? De todos modos es muy extraño que el vaquero se haya marchado de aquí lo menos una hora más temprano que los señores a quienes debía guiar.

—Vamos, interrogas como un juez de instrucción. Ha venido a despedirse de mí porque abandona esta comarca para siempre.

Aquella vez la muchacha dijo la verdad; probándolo con una lágrima que brotó en sus ojos, aunque hizo cuanto pudo por evitarla.

Y el yegüerizo no se enfadó por causa de aquella lágrima, porque, por lo menos, era sincera. Al contrario, volvió la cabeza para no ver cómo la muchacha se enjugaba los ojos, y se llevó la pipa a la boca, lo cual significaba tanto como decir: prohibidos los besos.

—¿Y dónde va el vaquero tan lejos?

—Se lo llevan con ellos a Moravia, como vaquero de los animales que van a comprar hoy en el llano de Zám. En Moravia tendrá seiscientos florines al año, una casa de piedra y otras

ventajas. Será dueño de sí mismo, y le tendrán en estima, pues a los animales húngaros sólo un vaquero húngaro sabe tratarlos.

—¿Y tú no te vas con Paco, como vaquera mayor de su nueva patria?

—¡Qué malo eres! Bien sabes que no me voy con él. Me iría si no estuviese tan ligada al llano y a ti. Vamos, demasiado sabes que no quiero a nadie de verdad más que a ti, y que soy tu esclava.

—Tampoco eso es tal como dices. Bien sabes que aquél a quien una vez has embrujado vuelve aunque sea desde el otro lado del mundo. Le has dado algo a beber que le obliga a pensar constantemente en ti. Has cosido un cabello tuyo en su manga, y de tan delgado hilo tiras hacia ti, aunque esté ya muy lejos, en el extranjero, aunque ni las nubes lleguen hasta él. También conmigo has obrado así. Con tus azules ojos has arrojado una flecha contra mi corazón, volviéndome loco.

—¿Ah sí? ¿Y yo, no he estado mucho tiempo loca por ti? ¿He preguntado nunca lo que sería de mí? ¿Te he llamado la noche de navidad para fundir plomo?3 ¿No he llevado siempre la toquillita de seda, aunque nunca me dijiste si era una toquilla de novia? ¿Fui tras de ti olfateando, cuando en la fiesta de la consagración de la iglesia bailaste con otras muchachas, ni cuando sacaste a bailar el csárdás4 a varias mujeres coquetas?

—¡Oh, si tú no le hubieses puesto esa rosa amarilla en el sombrero!

—Bueno, ésta es parecida a aquélla; si me das tu sombrero te coloco ésta.

—No; quiero la rosa que le has dado al vaquero, y no he de estar tranquilo hasta tanto no me la haya procurado.

La muchacha juntó sus manos para suplicarle.

—¡Alejandro! ¡Querido mío! ¡No hables de ese modo! No quiero que riñáis por mi causa, por culpa de una rosa amarilla.

—Y, sin embargo, será inevitable en cuanto volvamos a encontrarnos. Yo y él, o él y yo; pero uno de los dos aplastará al otro.

—Bueno, ¿hay que decir la verdad? ¿No me has prometido que no me reñirías?

—No te riño. Una muchacha no puede hacer nada si olvida pronto; pero un hombre está obligado a tener mejor memoria.

—Que Dios me castigue si te he olvidado.

—Sí, como dice el cantar:

Aunque otro mozo me abrace
yo tan sólo pienso en él.

—Bueno, no digas que soy un hombre molesto. No he venido aquí para reñir contigo, sino únicamente para decirte que vivo aún, que no me he muerto, aunque tú te alegrarías de lo contrario.

—Alejandro, ¿quieres que vaya a comprarme cerillas al estanco?

—¡Conque cerillas, eh! Vosotras, las mujeres, no sabéis nunca dar otra respuesta. En cuanto os veis caídas en el hoyo, compráis tranquilamente tres cajas de cerillas en casa del judío, las disolvéis en una taza de café hirviendo, y después, os echáis en seguida al estómago semejante bebida infernal. Mejor sería que no fueseis por el camino donde se encuentran los hoyos.

—No me hagas pensar en ello. Cuando te encontré la primera vez, jugamos a "caer dentro del pozo." "¿Quién tiene que tirarte?" "¡Alejandro Décsi!" Entonces me sacaste del pozo, ¿verdad?

—¡Si hubiera sabido en aquella ocasión que no te sacaba para mí!... Pero no hablemos de eso, que ya ha pasado mucho tiempo desde entonces. En aquella época todavía no se cantaba la canción de los molinos de viento de Dorozsma.

—¡Ah! ¿Has traído nuevas canciones? —dijo la muchacha interrumpiéndole bruscamente. Y se sentó al lado del mozo—. Cántame una, para que yo la aprenda.

Alejandro Décsi se apoyó contra la pared, y, poniendo una mano en su sombrero y la otra sobre la mesa, entonó el aire melancólico que tan bien armoniza con la letra triste:

Cesó el viento. En Dorozsma los molinos
dejaron de girar.
¿Dónde te fuiste amor, que no te veo,
que no he de verte más?
Te buscaste otra novia y me has dejado,
como una amante infiel.
Por eso los molinos al pararse
son augurio cruel.

También esta canción es hija del llano, nacida entre los brazos, como el cardo que el viento desarraiga y arrastra consigo entre las ondas del torbellino.

La muchacha trató de cantar a media voz la canción con el mozo. Su ejercitado oído retenía en seguida el aire, y cuando llegaba a un sitio donde tenía que detenerse, el mozo la ayudaba, tal como tenía costumbre de hacerlo en otro tiempo, cuando cantaban los dos hasta que la cosa marchaba bien, y cuando habían terminado, el final era siempre el mismo, un beso largo y dulce.

Pero en aquella ocasión, Alejandro se puso la pipa en la boca antes de que Clara hubiese terminado los últimos acordes.

—¡Otra vez te llevas esa detestable pipa a la boca! —le reprendió Clara.

—Porque también yo soy detestable.

—Sí, es cierto. Eres detestable, un pillo. Los mozos como tú no sirven más que para madera de husos, y se deben guardar detrás de la puerta.

Y lo rechazó furiosamente con el codo.

—Entonces, ¿por qué rondas en torno mío?

—¿Yo? ¿En torno tuyo? ¿Acaso crees que te necesito? Aunque los mozos como tú se vendieran en el mercado, por docenas, yo no los compraría. Cuando te quise era estúpida y estaba ciega. ¡Mozos como tú, si quisiera, podría tener diez para cada dedo!

Clara desempeñaba tan bien el papel de enfadada, de regañona, que hasta el inteligente Bodri se dejó engañar. El fiel animal, viendo a su ama rabiosa, dio un salto y atacó ladrando al supuesto enemigo.

Entonces Clara rompió a reír. Pero el mozo no tenía la menor gana de reírse, y la alegría de la muchacha no ejerció la menor influencia sobre él. Permanecía sentado, erguido y serio, con su pipa entre sus labios apretados, pipa que ni siquiera estaba encendida, que ni siquiera estaba llena de tabaco.

Entonces la muchacha comenzó a acariciarle, sonriendo de una manera pícara.

—Estás bien así, estás bien así, amor mío; ya sabes lo guapo que eres. Por nada del mundo debes deshacer tu guapa cara con una sonrisa. Que Dios te libre de ellas, pues tus hermosos ojos negros se tornarían muy pequeños y tu linda boca roja se abriría. Si por casualidad llegases a reír, toda tu hermosura desaparecería.

—La ciudad de Debrecen no me paga para que sea guapo.

—Pero yo sí. ¿Es que te he pagado mal? ¿Acaso has encontrado muy mezquinos los salarios?

—Al contrario, eran tan grandes que también han alcanzado a otros.

—¿Ya vuelves otra vez a lo mismo? ¡Por una sola rosa amarilla! ¿Pero es que tienes envidia a tu mejor amigo? ¿A tu amigo del alma? ¿Qué puede hacer el pobre? Si el mozo de la ciudad siente el deseo de las rosas; encuentra ante sí todo un jardín y puede escoger con abundancia rosas blancas, rojas, amarillas, de mil clases y colores. Pero bien sabes tú lo que dice la copla:

La pena del campesino
tan sólo una campesina
la calmará.

—Pero... ¿es que te decides por él?

—Mas... ¿quién es la culpable? ¿Lo es la muchacha que le canta al mozo:

Si de otro modo pudiera
obrar, la calma es seguro
que te diera...
o el mozo que comprende el sentido de la canción?

—¿De modo que cargas tú con la culpa?

—¿No me has dicho que me perdonas?

—Y mantengo mi palabra.

—Luego, ¿vas a quererme?

—Más adelante.

—Es una palabra muy grave. Yo te quiero también ahora.

—¿Me quieres tal como me lo dices?

Ante tales palabras, el mozo se levantó y metió la pipa de arcilla bajo la ancha cinta de su sombrero. Después rodeó a la muchacha con sus dos brazos, y la contempló fijamente en los ojos azules obscuros.

—¡Escucha, mi tesoro! Hay dos clases de fiebres: la fiebre fría y la fiebre caliente; la caliente es más violenta; pero la fría es más duradera. También el amor es de dos clases: el cálido es más fuerte; pero el frío dura mucho más tiempo. El primero pasa; pero el segundo vuelve siempre... Pero no quiero extenderme en palabras, sino hablar según mi corazón. Yo era el culpable, sólo yo. Si no hubiese echado sobre la rosa amarilla mi cálido aliento, entonces no se hubiera abierto, y nadie habría podido respirar su perfume; los mosquitos y las mariposas no habrían volado dentro de su cáliz. Ahora empezaré a quererte de otra manera; vendré de una manera regular, como la fiebre de los tres días, y te seré fiel como una buena madre. En cuanto sea nombrado potrero en jefe iremos a ver al cura. Después nos guardaremos fidelidad; pero si durante todo este tiempo veo rondar en torno tuyo a alguien, a ése —ante Dios te lo juro— le rompo el cráneo, ¡aunque fuese el hijo más querido de mi padre! Aquí está mi mano.

Y tendió a la joven su diestra, tostada por el sol. Ella, como respuesta, se quitó los pendientes de oro y los depositó sobre la mano del mozo.

—Vamos, llévalos, puesto que me has dicho que son los mismos que yo te compré, y únicamente los has hecho dorar. Debo creer en tus palabras.

La muchacha volvió a ponerse silenciosamente los pendientes en los lóbulos de sus orejas, y con ello volvió a hallar de nuevo en su corazón los sentimientos que en él había tenido.

No, aquel amor que vuelve como la fiebre de los tres días no era de su gusto. Estaba acostumbrada a un amor más ardiente.

Después cruzó una idea por su cabeza. Quitó el szür abigarrado de los hombros del mozo y lo colgó detrás del mostrador, como se suele hacer con aquellos que no pueden pagar su cuenta.

—No te des tanta prisa; tienes mucho tiempo todavía. El veterinario no regresará a su casa lo menos hasta media noche, porque antes tiene que examinar los animales comprados y extenderles las guías. Ahora no encontrarías en su casa más que a la vieja sirvienta. Y aquí estás bien guardado, y ni te mojas con la lluvia ni con las lágrimas de tus queridas. ¿Ves cómo me han puesto alegre tus palabras? Tus palabras darán vueltas trotando por mi cabeza durante todo el día.

—Bueno; para que veas que hasta estando lejos he pensado en lo que acabo de decirte, te he traído un regalo. Está ahí, en la manga de mi szür; ve a buscarlo.

Pero en la manga atada había muchas cosas: un trozo de yesca, otro de pirita, el acero para encender la mecha, una bolsa con tabaco, un portamonedas, y, por fin, entre todo aquello, encontró el regalo. Estaba envuelto en un papel de seda, y cuando lo desenvolvió vio que era una peineta de concha amarilla, de la que se sirven las muchachas para mantener en alto sus trenzas.

El rostro de la muchacha se iluminó al descubrirla.

—¿La has traído para mí?

—¿Para quién, pues, iba a traerla?

Cuando la muchacha campesina recoge sus trenzas en un moño significa que tiene ya un novio y no admite más conversaciones. Ya entonces no va con ella la canción que dice:

Yo no podría decir
quién es el que a mí me quiere...

Fue a ponerse delante del espejo y alzó sus cabellos, sujetándolos en un nudo.

Así todavía estaba más bonita.

—¿No me abrazas?

Abrió ella los brazos para ofrecerle el presente de sus labios.

Pero él la rechazó con las manos.

—Espera a que entre en calor; en este momento estoy frío.

Enfadada, frunció las bien formadas cejas. Sentía vergüenza por haberse visto rechazada. La sangre comenzaba a bullir en su corazón.

Trató de mostrarse tranquila y cariñosa, aunque la cólera y el amor propio hervían cada vez más en ella; cólera por amor.

—¿Quieres que te cante tu canción favorita, mientras te frío unos pescados?

—Me es igual.

Se colocó ante el horno, sacó de un barril algunos barbos que los pescadores habían pescado en el arroyo de Hortobágy, les hizo multitud de cortes con el cuchillo grande de cocina, los espolvoreó de sal y pimienta roja, los puso sobre la parrilla, y ésta encima del fuego, y comenzó a cantar con su voz clara:

Lindísima tabernera
fríeme pronto el pescado,
y trae también sin demora
un jarro de vino blanco.
Haz que la moza en la puerta
vigile atenta el sendero,
no sea que den conmigo
los guardias, y me hagan preso.

En esta canción de la llanura existe un encanto seductor y lisonjero; su aire evoca la inmensidad del llano, con su engañoso espejismo. En sus sones parece como si se escuchasen la melancólica flauta del pastor y el desgarrado clamor de la doliente bocina.

"No sea que den conmigo los guardias, y me hagan preso." Toda la poesía de la vida del bandolero está contenida en esta canción.

Cuando los pescados estuvieron bien fritos, Clara los colocó gentilmente delante del joven.

No hay costumbre de comer ese manjar en el plato. Se coge con la mano el extremo de la parrilla, y con el cuchillo se va cortando un pedazo tras otro. Sólo así aquello tiene buen gusto.

Igualmente, una muchacha demuestra su amor a un mozo friéndole pescados.

Clara sintió un verdadero placer viendo con qué apetito consumía aquello que sus manos habían preparado.

Entonces le cantó la segunda estrofa de la canción:

De pronto la moza entró
completamente espantada,
pues viera hacia allí venir
un tropel de gente armada.
El bandido, al verla entrar,
saltó sobre su caballo,
y listo, cual una flecha,
desapareció en el llano.

Ordinariamente, el mozo solía cantar la canción con la muchacha, y cuando llegaba el último verso: "desapareció en el llano", arrojaba su sombrero hasta el techo y descargaba un puñetazo sobre la mesa. Pero aquella vez ni siquiera prestó atención.

—Pero ¿qué es eso, desdeñas tu canción favorita? ¿Tampoco te agrada ya esto?

—¿Cómo puede agradarme? Ni soy un bandolero ni tengo que ver nada con los ladrones. Los guardias son gentes honradas que cumplen con su deber. Ese tunante bandolero coloca delante de la casa una moza para que le guarde, y cuando desde lejos ve el casco de un guardia sale huyendo en seguida. Abandona rápido el vino, los pescados y la lindísima tabernera, y todavía grita lleno de orgullo, como si fuese un acto heroico, que "listo, cual una flecha, desapareció en el llano". ¡Valiente miserable!

—¡0h, Dios mío, cómo has cambiado después de comer el rancho del emperador!

—No soy yo el que ha cambiado, sino los tiempos. La pelliza no cambia, aunque se la vuelva. Es siempre pelliza.

—Vamos, ya sabes que no se puede ofender de ese modo a su novia, poniéndole comparaciones tan viejas y gastadas.

—Pero ¡si yo no sé palabras más nuevas y elegantes! Seguramente que los caballeros de Debrecen y de Moravia que han pasado aquí la noche te habrán divertido más.

—¡Ya lo creo! Esos no se han estado sentados en sus asientos como un pedazo de madera. Sobre todo uno de ellos, el pintor, era un tipo bien divertido. ¡Si fuese un poco más alto! Pero apenas si me llegaba a la barbilla.

—¿Es que os habéis medido?

—Naturalmente. Hasta le he enseñado a bailar el csárdás, y saltaba como un macho cabrío.

—¿Y el vaquero? ¿Ha visto cómo el pintor alemán bailaba contigo sin retorcerle el cuello?

—¿Retorcerle el cuello? Al contrario, ha brindado con él y ha vaciado su vaso.

—En el fondo, ¿qué me importa todo eso? Dame más vino, pero algo mejor que esa porquería. Voy a tener que decirte un viejo refrán: "Agua pasada no mueve molino."

—¡Es doble grosería! ¿De manera que mi vino es agua?

—Dame una botella lacrada.

Alejandro estaba perdido para haber pedido una botella lacrada, una botella fina, de la ciudad, cerrada con un lacre verde y envuelta en papel rosa o azul con letras doradas. Una

botella como la que tienen costumbre de beber los señores. Con lo ganado en el ejército del emperador puede uno permitirse semejantes gastos.

El corazón de Clara latía atropelladamente bajo el corsé cuando bajó a la bodega para buscar allí la botella que estaba destinada a los señores.

Acordóse entonces de que un día, una vieja gitana, una echadora de cartas que estaba en su casa, y a la que había dado infinidad de cosas para que le predijese el porvenir, antes de marcharse, para agradecerle todos aquellos regalos, le había murmurado al oído el siguiente consejo: "Niña, si un día se enfría el cariño de tu amante y tú lo quieres volver a calentar, no tienes que hacer más que darle a beber vino mezclado con zumo de limón, en el cual habrás echado un poco de la raíz llamada mandrágora. Con ese vino su amor se encenderá de tal modo, que será capaz de pegar fuego a las casas para apoderarse de ti."

Y Clara, al recordarlo, creyó que había llegado el momento de poner en práctica el consejo de la gitana.

La raíz de la mandrágora estaba bien guardada en el fondo de su baúl, y presentaba el aspecto de un hombrecillo, con una cabeza grande, un tronco y dos pies; era completamente negra. En los tiempos antiguos contábase de esta raíz las cosas más maravillosas, verdaderos milagros.

Se afirmaba que esta raíz, cuando se la arranca de la tierra, comienza a llorar de tal modo que las personas se morirían... Por eso se la ata a la cola de un perro para arrancarla. Dicen que con esta raíz fue con lo que Circe despertó en Ulises una loca pasión.

Los farmacéuticos, que se sirven de ella, la denominan atropa mandrágora.

¡Cómo iba a saber la muchacha que aquella raíz era un veneno!

III

Muy temprano, aun antes de la salida del sol, los caballeros forasteros habían salido de la posada de Hortobágy.

La posada de Hortobágy no es una cabaña cualquiera, cubierta de paja, tal como ha imaginado el pintor, sino una linda casa de ladrillo, con tejado de bardas y cómodas habitaciones para los viajeros, con una buena cocina y una excelente bodega: el establecimiento pudiera perfectamente encontrarse en una ciudad. Cerca del jardín se desliza tranquilamente el arroyo de Hortobágy, bordeado por espesos cañaverales y temblones sauces.

No lejos de la posada cruza la carretera sobre un monumental puente de piedra, que descansa sobre abovedados pilares. Los habitantes de Debrecen aseguran que la fortaleza de este puente se debe a que la cal empleada para construirlo fue mezclada con leche; pero los

envidiosos dicen, por el contrario, que la cal fue mezclada con el vinillo que produce la tierra arenosa de Debrecen, y que ese vino malo es lo que ha contraído de aquel modo la cal.

La marcha tan de mañana tenía dos razones: una ideal y otra práctica. El pintor se alegraba ya por anticipado con la razón ideal, es decir, con presenciar la salida del sol en la llanura, de cuyo maravilloso encanto nadie es capaz de tener una idea si no lo ha visto con sus propios ojos... Y era la razón práctica el que las vacas compradas no podían ser separadas del ganado más que por la mañana. Es preciso saber que en el coto de Mátra hay reunidas mil quinientas vacas, y en primavera la mayoría de ellas están acompañadas de ternerillos. Si el vaquero quita sus terneros a las vacas elegidas por la mañana muy temprano, antes de que las vacas hayan bebido, éstas siguen instintivamente a sus pequeñuelos. Estos animales salvajes, que, exceptuado su vaquero, jamás ven hombre alguno, se portarían terriblemente con un extraño, mientras que a su vaquero están habituadas.

Los dos señores forasteros se han puesto en camino sobre un ligero cochecillo, y hacia la parte más alejada de la llanura de Hortobágy, allí donde hasta los habitantes del llano no sabrían hallar el camino sin la intervención de un guía. Pero los dos cocheros de Debrecen conocen perfectamente la ruta; por eso han dejado marchar al vaquero que desde los pastos les habían enviado, apenas les prometió que más tarde se uniría a ellos.

El pintor era un célebre paisajista de Viena, que había viajado mucho por Hungría para hacer estudios de su arte, y que hablaba el húngaro; el otro era el caballerizo mayor del conde de Engelshort, gran propietario de Moravia. Habría sido mucho mejor enviar a un conocedor de vacas en lugar del caballerizo mayor, pues un conocedor de caballos acostumbra a dirigir toda su atención hacia estos animales; pero el caballerizo aventajaba al resto de los empleados del conde en que conocía el húngaro. Había estado en Hungría mucho tiempo de guarnición como teniente de dragones, y las hermosas húngaras le habían enseñado aquella lengua. Acompañábanle dos vaqueros moravos, dos mozos fuertes, de poderosos puños, armados de pistolas de dos cañones.

Los señores de Debrecen, el uno era un empleado del ayuntamiento, y el otro un honrado burgués, en cuyo ganado se habían de escoger las veinticuatro vacas de cría, con los correspondientes representantes de la especie masculina.

Cuando salieron, todavía la luna y las estrellas lucían en el cielo pálido, mientras que por el oriente comenzaban a distinguirse las claridades de la aurora.

El burgués de Debrecen, un castizo magiar, explicaba al pintor que aquella estrella era "la linterna de los vagabundos", hacia la cual van los ojos de los bandoleros, creyendo que si al mismo tiempo suspiran un "Ayúdame, Dios mío", entonces es seguro que nunca se verán atrapados cuando roban los ganados.

El pintor, encantado con aquello que escuchaba, dijo:

—Es una idea digna de Shakespeare.

Pero su impresión se hizo todavía mucho más honda cuando al cabo de una media hora llegaron a un lugar en donde la vista no descubría otra cosa que el cielo y el mar de hierba de

la llanura sin fin. Ni un solo pájaro volando, ni una sola cigüeña de largas patas que interrumpiese la majestuosa monotonía.

—¡Cuán encantador es todo esto! ¡Qué armonía de colores! ¡Qué armonía asimismo tan maravillosa en los contrastes! —exclamó encantado el artista.

—Ahora, todavía —dijo interrumpiéndole el prosaico ganadero—, pero más tarde, cuando aparezcan los tábanos y los mosquitos...

—¡Y este tapiz de hierba perfumada, y esos verdes oasis!

—Sí, todo eso es bueno para el ganado.

En aquel momento se oyó en lo alto el maravilloso gorjeo de la alondra.

—¡Encantador! ¡Son maravillosas esas alondras!

—Sí, ahora son todavía delgadas; pero una vez que el trigo esté maduro...

Poco a poco se levanta el día, y el rojo púrpura del cielo se trocaba en amarillo de oro. Lucía ya en el horizonte, precursora del sol, la estrella matutina; luminosos contornos con los colores del arco iris rodeaban las sombras de los hombres y de los animales, que se dibujaban obscuras sobre la hierba. Rápidos como flechas los ocho caballos hacían volar los ligeros cochecillos a través de la verde pradera sin caminos. En el horizonte se hacían visibles los contornos obscuros, el primer bosquecillo de acacias sobre la llanura sin árboles, y algunas colinas aisladas, envueltas en azul, destacaban con mayor nitidez.

—Aquéllas son las colinas de los tártaros de Zám —explicó el burgués de Debrecen a su compañero de viaje—. En otro tiempo era un pueblo, pero los tártaros lo han devastado. Todavía en algunos sitios aparecen entre la hierba las ruinas de la iglesia. A menudo, cuando los perros desentierran a las comadrejas, acostumbran a desenterrar también esqueletos humanos.

—¿Y qué calvario es aquél de allá lejos?

—No es un calvario, sino el triple cigoñal del pozo grande, donde se da a beber a los animales. Estamos ya cerca de los pastos.

Descansaron un poco cerca del bosquecillo de acacias, pues, según habían convenido, tenían que esperar allí al veterinario, que venía desde el llano de Mátra con su cochecillo tirado por un solo caballo.

Durante aquel tiempo, el pintor dibujó algunos apuntes en su cuaderno, mientras iba pasando de un éxtasis en otro: "¡Qué modelos tan maravillosos! ¡Qué asuntos tan lindos!"

En vano su compañero de viaje le rogaba que no dibujase aquella infinidad de cardos, sino mejor las erguidas y finas acacias.

Al fin acercóse a ellos, cruzando el llano oblicuamente, el carruaje del veterinario.

Ni siquiera detuvo el coche, contentándose con gritar a los demás:

—Hay que darse prisa, señores; hay que darse prisa antes de que se haga completamente de día.

Después de un camino bastante largo llegaron por fin al "gran rebaño".

Nada más digno de ser visto sobre la llanura de Hortobágy. Mil quinientas vacas, formando un rebaño, con sus toros en número correspondiente.

En aquella hora el ganado descansaba todavía; no se puede afirmar si duerme, porque nadie ha visto descansar a un animal vacuno con los ojos cerrados y la cabeza caída hacia el suelo. No se referían a ellos las palabras de Hamlet: "Dormir..., soñar acaso."

—¡Qué maravilloso cuadro! —exclamó el pintor, arrobado—. Un verdadero bosque de cuernos. En medio del rebaño mantiénese el toro de raza, con la cabeza negra y el morrillo lleno de pliegues. Muy negra es también la pajaza de su cama; todo alrededor, la hierba verde, infinita, y, en último término, la niebla gris, a través de la cual, como a través de un velo, brilla la hoguera lejana de unos pastores. Es preciso que todo esto quede eternizado.

El pintor se apeó del coche.

—Les ruego que sigan en el coche su camino. Ya veo desde aquí los pastos y sabré encontrar la dirección.

Tras estas palabras desplegó su silla de campo, cogió su paleta y su pincel y trazó sobre su cuaderno grandes líneas de colores. Durante aquel tiempo los coches se alejaron de él.

De improviso los dos perros grandes de guarda que custodiaban el ganado descubrieron al forastero en medio de la llanura, corrieron hacia él ladrando y dando grandes saltos.

Pero el pintor no tenía costumbre de asustarse, tanto más cuanto que los perros de guarda formaban parte de aquel conjunto de colores, blancos sus pelos y el hocico negro.

Además, los perros no hacen nunca daño a un hombre que está sentado tranquilamente. Cuando llegaron muy de cerca se detuvieron, preguntándose: "¿Quién diablos es este tipo?" Después se sentaron sobre sus patas traseras y miraron con curiosidad al cuaderno de los apuntes: "¿Qué estará haciendo?"

Entonces el pintor les gastó una broma, pintando de rojo el hocico de uno de los perros y de verde el del otro. A los perros les agradó aquella atención, mientras la consideraron como unas caricias. Mas cuando luego se miraron y descubrieron el hocico rojo y verde, cada uno de ellos creyó hallarse en presencia de un perro extraño, y se atacaron con sus agudos colmillos.

Afortunadamente se aproximó el carretillero. Llámase así a un vaquerillo que sigue al rebaño con el chirrión, especie de carro donde se va recogiendo aquella turba volante que los

animales van dejando tras sí en el suelo, que es lo que luego se emplea para encender fuego en la llanura, y cuyo humo, que produce cierta comezón, es tan apreciado por los hombres como por los animales.

El carretillero introdujo su carro entre los dos perros que reñían, separándolos y haciéndoles apartarse de allí. El perro de guarda no tiene miedo al palo; pero ante la carretilla experimenta un terrible respeto.

El muchacho de la carretilla era un mozo guapo y bien plantado, capaz de repetir de modo muy inteligente el recado de los señores, por el cual se le hacía saber al pintor que debía trasladarse a los pastos, donde encontraría cosas mucho más interesantes para su pincel.

Pero el cuadro de la llanura no estaba todavía terminado.

—Si te doy una linda moneda de diez Krajcár, ¿me podrás llevar en tu carrito hasta los pastos?

—Ya lo creo. Tengo llevados en esta carretilla bueyes más pesados que el señor. Siéntese usted dentro.

Con aquella feliz idea, el pintor lograba dos cosas. Llegar a los pastos y, sentado en el carrito, terminar su nota de color, llena de encanto.

Durante ese tiempo los caballeros habían descendido de los coches y el comprador había sido presentado al jefe de los vaqueros.

El jefe de los vaqueros era un magnífico ejemplar del hijo de la llanura húngara. Era alto y fuerte, con los cabellos ligeramente encanecidos y los bigotes retorcidos en forma de anillo. Su inteligente rostro estaba bronceado por la vida al aire libre, guiñando los ojos por causa de estar recibiendo de continuo la luz del sol.

En la llanura se llama "biombo contra la tempestad" al recinto que sirve a los hombres y a los animales como defensa contra el viento y contra la tempestad, pues sólo el viento puede tenerse como un mal enemigo en el llano. El vaquero no se preocupa ni de la lluvia, ni del calor, ni del frío, y colocándose del revés el szür y doblando el ala de su sombrero, brinda a la lluvia su frente.

Pero contra el viento necesita de una fuerte defensa, porque el viento es el gran señor de la llanura. Si el torbellino coge a la yeguada en pleno campo y los guardianes no pueden hacerla guarecerse todavía a tiempo detrás del "biombo contra la tempestad", entonces el huracán arrastra a los animales como si fueran ligeros copos de nieve, llevándolos hasta el río Tisza, hasta que llegan a un bosque donde pueden detenerse. El "biombo contra la tempestad" es un recinto construido con fuertes empalizadas, con tres alas, en cuyos extremos los animales hallan un refugio.

La habitación de los vaqueros es una cabaña pequeña, cuyas paredes están hechas como los nidos de las golondrinas. Pero aún esta cabaña no está construida para vivir en ella y dormir, pues los vaqueros no encontrarían allí suficiente sitio. En la cabaña no tienen más que

sus pellizas de piel de cordero y la "caja húngara", es decir, una piel de ternero con las cuatro patas y con una cerradura en el sitio correspondiente a la cabeza. Allí es donde guardan su tabaco, el pimentón y sus documentos. De la pértiga cuelgan, una tras otra, las pesadas pieles de cordero. Duermen todo el año al raso. En verano su manta es el szür, y en invierno la pelliza. Únicamente el jefe de los vaqueros duerme bajo la techumbre de la cabaña, sobre un banco; encima de su cabeza está el aparador donde están puestos los grandes panes, y en el centro la olla de madera, en la cual sus mujeres les traen los domingos, después de mediodía, la comida para toda la semana. Porque las mujeres viven en la ciudad.

Delante de la cabeza se halla una construcción redonda, formada por una hilera de cañas, cuyo suelo está hecho de ladrillos y que carece de techo. Es la cocina. Allí es donde se cuece el gulyás,5 manjar principal de los guardianes, en la gran cacerola colgada sobre el fuego de una trípode de madera, y también es allí donde se cuecen las sopas de harina. La cocina está a cargo del mozo vaquero. Las cucharas, de largos mangos, están colocadas en fila, una tras otra, sobre la pared de cañas.

—¿Y dónde han dejado los señores al vaquero? —preguntó el jefe.

—Tenía que saldar una cuentecita con la hija del posadero

—respondió el ganadero, el señor Sajgato.

—Entonces ese bandolero no volverá para la hora de dar de beber al ganado.

—¿Bandolero? —dijo el pintor interrumpiéndole, por haber sonado a su oído aquella palabra como si fuese música—. ¿Pero ese vaquero es un bandolero?

—¡Oh, no! Lo he dicho únicamente como una expresión de lisonja —dijo, explicándolo, el jefe de los vaqueros.

—Sin embargo, ¡me gustaría tanto poder pintar un bandolero de verdad!

—Por aquí no los encontrará el señor. Si alguno se pierde por aquí, lo echamos.

—¿Cómo? ¿No hay bandoleros en el llano de Hortobágy?

—¿Para qué negarlo? Entre los pastores hay bastantes ladrones, y también los porqueros suelen ser con frecuencia bandidos; hasta puede ocurrir que un guardián de caballos, perdiendo la cabeza, acabe por convertirse en un bandido vagabundo; pero nadie es capaz de recordar que un vaquero se haya transformado en un ladrón.

—¿Cómo es eso?

—Porque el vaquero trata siempre con animales pacíficos e inteligentes, y no llega a mezclarse, ni siquiera para beber, ni con los pastores ni con los porqueros.

—De manera que —dijo el caballerizo— el vaquero constituye, por decirlo así, como la aristocracia de la llanura.

—Sí, así es. Del mismo modo que entre los caballeros hay barones y condes, así entre los guardianes de animales hay vaqueros y yegüerizos.

—De manera que ni aun en el llano reina la igualdad completa.

—Mientras existan hombres, nunca habrá igualdad. El que ha nacido para ser caballero lo es hasta debajo del szür, y no roba caballos ni animales aunque los encuentre separados del rebaño, sino que busca al propietario del animal y se lo entrega. Pero que en el ferial el mismo honrado guardador de caballos no engañe al comprador que se deja engañar, eso sí que ya no lo garantizo.

—También es un rasgo de carácter aristocrático. Engañar en la venta de caballos es un deporte de la sociedad distinguida.

—Más todavía en la venta de animales de cuernos. Por eso, señor, le ruego que se ponga bien los lentes mientras esté entre nosotros, porque una vez que haya comprado los animales ya no respondo por ellos.

—Gracias por la advertencia.

Una llamada del veterinario puso fin a la conversación.

—Señores, vengan pronto. Ha salido el sol.

El pintor cogió rápidamente su paleta y su pincel y se instaló para hacer algunos apuntes; pero pronto hubo de dejarlos, desesperado.

—Es completamente absurdo —dijo—. ¡Vaya un cuadro modernista! La niebla lila sobre el horizonte; la tierra, azul obscura; el cielo color naranja, y entre los dos luce una nube ancha color de rosa. Pero, ¡qué gloria de púrpura anuncia allá lejos la salida del sol! Una montaña de fuego se alza en el horizonte claramente limitado. Semejante a una pirámide, pero sin resplandor, de manera que se puede mirar al sol con los ojos abiertos. ¡Miren ahora, señores! El sol tiene cinco ángulos. Ahora, subiendo, adopta la forma de un huevo. ¡Ah! Y ahora parece delgado por abajo y como una bóveda por arriba, como un hongo. Miren ahora, que toma la forma de una urna romana. Es absurdo, no puedo pintar eso. ¡Ah! Ahora un jirón delgado de nube pasa por delante del sol, como un amorcillo con una venda sobre los ojos. Y ahora... ahora tiene el aire de un mosquetero barbudo. ¡Ca! Si yo pintase ese sol pentagonal me encerrarían en un manicomio.

Y arrojó el pincel furiosamente contra el suelo.

—Estos húngaros siempre quieren tener algo aparte. Al presente nos muestran una salida del sol, que en realidad existe, y que, sin embargo, es absurda. ¡Esto no es natural!

El veterinario comenzó a explicarme que aquello era una maravilla óptica, que solemos ver con ocasión del espejismo húngaro, el délibáb; es la rotura de los rayos del sol al atravesar las capas de aire desigualmente caldeadas.

—¡Y, sin embargo, es imposible! No lo creo, precisamente porque lo he visto.

Pero el sol no se dejaba mirar por más tiempo. Hasta entonces no había sido más que su reflejo, provocado por la rotura de los rayos en la atmósfera; pero en el momento en que él mismo se eleva y lanza sus rayos, ningún ojo humano puede mirarle impunemente. El firmamento, que hasta entonces lucía sonrosado, trocóse en oro líquido, y el horizonte se mezcló con la tierra, que del mismo modo lució amarilla como el oro.

Y cuando brotaron los primeros rayos del sol, todo el rebaño durmiente se alzó de pronto, y aquel bosque de cuernos de mil quinientas bestias se puso en movimiento. El toro padre, de cuyo cuello colgaba el enorme cencerro del rebaño, sacudió su poderosa cerviz, y al son de aquel cencerro vibró, semejante al trueno, el corazón de la llanura. Mil quinientas bestias comenzaron a mugir a un mismo tiempo.

—¡Magnífico! ¡Divino! —exclamó el pintor entusiasmado—. Parece un coro wagneriano, un concierto de oboes, de cuernos y de timbales. ¡Ah, qué obertura! ¡Qué sinfonía! Parece un final del Crepúsculo de los dioses.

—Sí, sí —dijo graciosamente el señor Sajgató—. Ahora van a abrevar, y cada vaca llama a su ternero... Por eso es por lo que gritan.

Tres vaqueros se trasladaron de prisa al pozo grande, cuyo cigoñal era una verdadera obra maestra de carpintería; y poniendo en movimiento el cubo de hierro, sacaron agua hasta lograr que el gran dornajo estuviese lleno. Era aquél un trabajo bastante pesado, que debía repetirse tres veces al día.

—¿No se podría hacer ese trabajo por medio de máquinas? —preguntó el vienés al jefe de los vaqueros.

—Sí, señor, y hasta tenemos una máquina para ello; pero el vaquero prefiere trabajar, ensangrentarse las manos, que hacer trabajar a su caballo tirando de la noria.

Mientras se le da de beber a las bestias, un cuarto vaquero se ocupaba en escoger cerca del dornajo las vacas que el señor Sajgató había destinado a la venta y llevaba sus ternerillos a la parte trasera del recinto. Entonces las vacas los seguían por instinto, dejándose conducir fácilmente al mismo sitio.

—Éstas son mis vacas —dijo el señor Sajgató al vienés.

—Pero, ¿cómo reconoce el vaquero, entre mil, cuáles son las de usted? —preguntó el caballerizo—. ¿Cómo puede distinguir unas vacas de otras?

El vaquero miró al forastero con un desdeñoso gesto de piedad.

—¿Pero es que ha visto alguna vez el señor dos vacas parecidas?

—Para mí todas lo son.

—Pero no para un vaquero.

Por otra parte, el caballerizo estaba contento con los animales escogidos.

Durante aquel tiempo se aproximó el muchacho vaquero y anunció que desde el mástil de observación se veía ya venir al vaquero Paco, que galopaba muy de prisa.

—Ese tunante va a estropear el caballo —murmuró furiosamente el jefe de los vaqueros—.Aguarda, miserable, que yo te limpiaré la cabeza.

—Supongo, amigo, que no le irá usted a golpear —dijo el caballerizo.

—Ciertamente que no. El que pega a un vaquero haría mucho mejor matándolo al mismo tiempo, pues aquél no sería capaz de soportar la vergüenza. Además, ese muchacho es mi preferido, porque yo soy el que le ha educado. Soy el padrino de ese tunante.

—Y, sin embargo, se separa usted de él y le envía a Moravia. ¿Cómo es eso?

—Precisamente porque le quiero. La conducta de ese mozo no me agrada. Se ha dejado el corazón cerca de esa rosita amarilla de la posada de Hortobágy, y eso no puede terminar bien. La muchacha tiene un novio hace mucho tiempo, un potrero que está ahora en el ejército. Si vuelve a su casa con licencia, los dos muchachos habrán de reñir por la muchacha como dos toros bravos. Es mucho mejor para él que se vaya lejos; allí se enamorará pronto de alguna linda morava y olvidará a su rosa amarilla de la posada.

Durante aquel tiempo, el veterinario había examinado a cada uno de los animales, redactando para cada uno de ellos una guía, después de lo cual el mozo vaquero escribió con bermellón en los cuernos de las bestias el nombre del comprador. Todos los vaqueros saben leer y escribir.

Se oía a lo lejos el patalear de un caballo. El vaquero había llegado. El viento de la mañana le había quitado la borrachera de la cabeza, y el galope le había arrancado también el sueño de los ojos.

Con un diestro salto se desprendió de la silla y condujo el caballo de las bridas hasta los pastos.

El jefe lo detuvo, gritándole:

—¡Ah, tunante! ¿Te ha traído el diablo a casa?

No respondió el vaquero, y tranquilamente le quitó al caballo la silla y las bridas. Los riñones del caballo estaban cubiertos de espuma por causa del galope; el vaquero se la quitó cuidadosamente con una rodilla de piel de cordero, enjugó todo el cuerpo del animal y en seguida le puso la cabezada.

—¿Por dónde diablos te has estado de paseo? Vienes una hora más tarde que los señores, y debieras haberlos guiado hasta aquí, vagabundo.

El mozo no contestaba ni una palabra, ocupándose sólo del caballo, colgando de un clavo la silla y las bridas.

El jefe de los vaqueros se enfadaba cada vez más, gritando de tal manera, que el rostro se le puso rojo como una cereza.

—¿Quieres responderme? ¿O será necesario que te sacuda las orejas para que oigas lo que te digo?

Entonces el mozo respondió:

—Pero ¿no sabe usted que soy sordomudo?

—¡Habrá que colgarte el día de tu santo! ¿Acaso he inventado yo esta historia para que vengas ahora a entretenerme con ella? ¿No ves que ya ha salido el sol?

—¿También es culpa mía que haya salido el sol? Los forasteros se echaron a reír, lo que todavía enfadó más al viejo.

—Oye, tunante, conmigo no bromees, porque te golpeo como se golpea a la ropa sucia.

—¿Sí? Y yo, ¿qué haría?

—No, tú no harías nada, pillo, más que pillo —gritó el jefe de los vaqueros, echándose él mismo a reír—. Bueno; no es posible hablar razonablemente con este muchacho.

El caballerizo mayor aseguró que él sabría hablar razonablemente con el mozo.

—Amigo mío, es usted un guapo mozo —le dijo—. Me extraña mucho que no le hayan escogido para servir en húsares. ¿Qué enfermedad padece usted, pues, que no le han reclutado?

El mozo hizo un gesto brusco, pues a los muchachos campesinos no les agradan semejantes preguntas curiosas.

—No he sido soldado porque mi nariz tiene dos agujeros.

—¿Lo ve usted? —murmuró el viejo—. No es posible que se hable razonablemente con ese mozo. ¡Anda pronto al abrevadero! No, por allí no. ¿Qué es lo que te he dicho? ¿No sabes lo que tienes que hacer? ¿Estás borracho todavía? ¿No ves que ya están separadas las vacas? ¡Hum! ¿Quién va a separar el toro?

Efectivamente, no todo el mundo es capaz de hacer que el toro salga del rebaño, y para semejante operación es necesario alguien que sea todo un hombre. Paco Lacza era maestro en aquel arte. Hizo salir mediante palabras halagadoras y caricias al toro, perteneciente al señor Sajgató, y lo condujo ante los señores como un corderillo. Era un soberbio animal, con su gran

cabeza cuadrada, enormes cuernos puntiagudos y grandes ojos negros. Se dejó arañar la peluda testuz, y con su lengua de agudos bordes lamió la palma de la mano del vaquero.

—Es joven todavía. No ha visto más que la tercera hierba —dijo el jefe.

Los vaqueros cuentan la edad de los animales según los cortes de la hierba.

Naturalmente, el pintor no dejó pasar la ocasión de dibujar al magnífico vaquero con su toro, diciéndole cómo debía colocarse y poner las manos sobre la cornamenta del animal. Pero el vaquero no estaba acostumbrado a servir de modelo y le parecía que cambiaba su dignidad.

Cuando el modelo se impacientaba, el pintor tenía la costumbre de entretenerlo con toda clase de chistes. Durante aquel tiempo, los demás habían ido a visitar el ganado.

—Dígame, amigo: ¿es cierto lo que he oído, que los vaqueros suelen muchas veces engañar al comprador?

—Naturalmente. Hasta ahora el jefe ha engañado a estos señores, pues les ha dicho que el toro no tenía más que tres hierbas, y, mire usted, señor pintor, la verdad es que es viejo, que no tiene ni un solo incisivo en la mandíbula superior.

Tras estas palabras, abrió fuertemente la boca del animal para demostrar la verdad de su afirmación.

El pintor abandonó en seguida su dibujo.

El sentimiento de la justicia era en él todavía más fuerte que el del arte.

Al momento cerró su álbum, pretextando haber terminado, y comenzó a buscar a su compañero de viaje, que estaba contemplando con los otros señores las bestias escogidas. En voz baja le comunicó al oído su descubrimiento.

Esto provocó también en el caballerizo una profunda indignación, haciéndole abrir la boca de dos o tres vacas.

—Oiga usted, amigo —le dijo al jefe de los vaqueros—, me ha dicho usted que a los vaqueros les gusta engañar a los compradores; pero yo soy de los que no se dejan engañar. Estas vacas son tan viejas que no tienen un solo incisivo en la mandíbula superior.

El jefe de los vaqueros se retorció los bigotes y sonrió.

—¡Ah, caballero!; ya comprendo la broma. Esa anécdota está en el calendario del año pasado, donde se cuenta cómo durante la guerra con los franceses, la napoleónica, los campesinos burláronse del general, el cual no sabía que los animales con cuernos no tienen dientes incisivos en la mandíbula superior.

—¿Ninguno? —preguntó el caballerizo mayor, asombrado.

Y cuando el veterinario lo afirmó, todavía hubo de mostrarse más ofendido.

—¿Sé yo acaso cómo se ha formado la mandíbula de una vaca? ¿Es que soy un dentista de animales vacunos? En toda mi vida he tenido que ver más que con caballos.

Pero era preciso que se vengase con alguien de la plancha que había cometido, y atacó furiosamente al pintor, porque había pretendido engañarle. Aquello él no lo consentía.

La disputa se vio interrumpida por el anuncio respetuoso del carretillero, el cual vino a decir que el desayuno estaba a punto.

El carretillero es el cocinero de los pastos. Durante todo aquel tiempo había estado preparando el desayuno de la llanura, que se conoce con el nombre de farinetas. Las trajo en la gran cacerola y la colocó sobre las trébedes. En seguida los señores se colocaron alrededor, y cada uno de ellos recibió una cuchara de estaño, de mango largo, con la cual fueron cogiendo las farinetas de la cacerola, uno tras otro, afirmando cada vez que estaban muy buenas. Cuando los señores habían comido bastante, les llegó su turno a los vaqueros, que consumieron todo el contenido de la cacerola. Lo que quedaba en el fondo era para el carretillero.

Mientras tanto, el señor Sajgató preparó el café húngaro. Los que han viajado alguna vez por estas comarcas saben muy bien lo que es este café húngaro. Es vino rojo cocido, con azúcar cande, amarillo, canela y clavillo. Es muy agradable después de un paseo matinal por el llano.

Después el carretillero lavó la cacerola, la llenó de agua y volvió a colgarla sobre el fuego.

—De aquí a que los señores vuelvan de su inspección estará preparado el gulyás. Entonces es cuando verán lo que es cosa buena.

Paco Lacza guió a los señores y les enseñó las cosas de la llanura que merecen ser vistas: el biombo contra la tempestad, el cementerio de las bestias, rodeado por una tapia, etcétera.

—En otros tiempos, en los buenos tiempos, si una bestia moría se la dejaba por ahí, hasta que llegaban enjambres de cuervos y devoraban hasta el último trozo. Pero desde que hay "orden" en el país, hemos recibido la orden de que por cada animal que muera avisemos al veterinario para que lo examine y acredite de qué se ha muerto, obligándonos a enterrarlo. Mas —para decir verdad— el hacerlo nos duele por la buena carne, y entonces cortamos grandes trozos de lomo, los dividimos en pedacitos, los asamos un poco y luego los ponemos sobre una estera de esparto para que el sol los seque. Cuando ya están bien secos los metemos en un saco, y cuando queremos preparar el gulyás, echamos en la cacerola un puñado de carne seca por cada hombre.

Durante aquel relato, el pintor había estado mirando fijamente a los ojos del vaquero, volviéndose luego al jefe.

—Dígame, buen hombre: ¿ese vaquero suyo tiene costumbre de decir alguna vez la verdad?

—Muy pocas veces; pero, casualmente, esta vez la acaba de decir.

—Entonces, muchas gracias por vuestro gulyás.

—¡Oh, señor!; no debe extrañarle eso, pues no tiene importancia. Siempre fue así, desde que Dios creó el llano de Hortobágy, y, miren ustedes, señores, a esos muchachos, llenos de salud y de fuerza, y, sin embargo, todos han sido criados con carne de carroña. Los sabios podrán decir lo que quieran; pero la carnada no hace daño al campesino húngaro.

Sin embargo, el caballerizo mayor prohibió a los vaqueros moravos que comiesen de aquel plato.

—Es posible —dijo el pintor a su compañero— que ese tunante haya inventado la historia para quitarnos las ganas de probar el gulyás y luego burlarse de nosotros. Ya veremos si el veterinario come, pues él debe estar bien enterado de si la cosa es cierta.

Durante aquel tiempo se alzó en el horizonte el espejismo del aire, el délibáb, la fata morgana, la encarnación de un sueño de cuento de hadas.

En el horizonte se alzaba un mar gigantesco, cuyas terribles ondas corrían del este hacia el oeste; las colinas se transformaban en islas y las menudas acacias en bosques vírgenes. Un rebaño de bueyes que pastaban a lo lejos transformóse en una calle, con dos hileras de palacios. Sobre el mar parecían mecerse majestuosamente algunas galeras, pero cuando llegaban a la orilla transformábanse en caballos. Después de la salida del sol es cuando el délibáb es más rico en imágenes fantásticas. Grandes ciudades se reflejan en las capas de aire, y tan cerca, que con buenos gemelos se hubieran podido distinguir los coches que rodaban por sus calles; las casas y las torres se reflejaban invertidas sobre el espejo del mar encantado.

—¡Que se pongan los alemanes a imitar esto! —dijo el señor Sajgató, orgulloso, a los forasteros, dominados por la admiración.

El pintor se arrancaba los pelos desesperado.

—¡Es preciso que yo vea aquí cosas que no puedo trasladar al lienzo! Pero, en realidad, todo eso ¿qué es? —preguntaba uno tras otro a todos ellos.

El jefe de los vaqueros le respondió:

—Es el délibáb.

—Pero... ¿qué es el délibáb?

—Paco Lacza lo sabe explicar mejor.

—El délibáb es un milagro que hace Dios para que el pobre vaquero no se muera de aburrimiento en el llano.

Al final el pintor se dirigió al veterinario para que le explicase lo que era el délibáb.

—Querido amigo: yo sé todavía menos acerca de lo que puede ser el délibáb. He leído el libro de Flammarión sobre la atmósfera; en ese libro describe la fata morgana que se observa en los desiertos de África, sobre las orillas del mar Glacial, cerca de Orinoco, y en Sicilia; he leído también las descripciones de Humboldt y de Bonpland; pero del délibáb de Hortobágy los sabios no tienen la menor idea. Y, sin embargo, se le puede ver aquí en cualquier día de verano, desde la mañana a la noche. Pero hasta los fenómenos naturales de Hungría son ignorados por el mundo científico. El veterinario se alegró de poder derramar sobre los señores forasteros su pena interior. Mas él no tenía tiempo para admirar los fenómenos naturales, porque necesitaba irse en seguida a los pastos de Mátra, donde se encuentra el hospital de los animales y la farmacia; se despidió, pues, de aquellos caballeros, saltó dentro de su cochecillo y desapareció rodando por la ancha llanura.

El rebaño estaba ya lejos; pero todavía los vaqueros le llevaban siempre adelante. Verdad es que la hierba es mejor allí cerca; pero, precisamente por eso, los circunspectos vaqueros conducían primero a los animales a los campos lejanos, cuyo suelo contenía más cantidad de sal, porque en el verano, cuando el sol quema esta hierba, entonces les queda la del campo rico. La separación de los animales comprados y del gran rebaño era aflictiva y desgarrante. "Como si fuese un coro de druidas y de valquirias", dijo el pintor. Durante aquel tiempo, el caballerizo mayor se ocupó de la parte financiera del asunto y de enterarse del camino que debían seguir. Pagó al señor Sajgató el precio de los animales en billetes de banco nuevos, de cien florines, que éste se metió sencillamente en el bolsillo del abrigo, sin tomar ninguna clase de precauciones. El forastero le dijo al señor Sajgató que, estando en la puszta,6 debiera tener más cuidado del dinero, ante lo cual el honrado burgués respondió con verdadera flema de Debrecen:

—Caballero, me han robado y engañado muchas veces en la vida; pero, sin embargo, nunca me robó un ladrón ni me engañó un pillo, sino siempre fueron personas decentes.

El comprador dio también una propina al jefe de los vaqueros, el cual le dijo:

—Caballero, he de decirle algo más: si ha comprado usted las vacas, debe también comprar los terneros; es un consejo de amigo.

—¿Para qué quiero esos pequeños que gritan? Tendría que alquilar un coche para llevármelos.

—Irían bien a pie.

—Pero eso retrasaría el viaje. Los terneros detienen a cada momento a las vacas, siempre que quieren mamar. Además, el conde no las ha comprado para crear una raza puramente húngara, sino para cruzarlas con la raza española.

—Entonces la cosa varía.

No quedaba, pues, ya más que irse con los animales comprados. El comprador entregó al vaquero que debía acompañarlos dos títulos de autenticidad, y el comisario las guías. El

vaquero puso dichos documentos con los pasaportes de los animales en su bolsillo, ató el cencerro grande al cuello del toro, colgó su szür entre los cuernos del animal, ensilló su caballo y, después de despedirse de sus compañeros, saltó sobre aquél.

El jefe de los vaqueros le entregó de comer para una semana: pan, tocino y cebollas, lo que habría de bastarle al mozo hasta llegar a Miskole. Después le explicó el camino que debía tomar: debía ir hacia Polgár, porque en la dirección de Csege el piso estaba muy malo a consecuencia de las inundaciones de la primavera. Durante el camino, podían pasar la noche en el bosquecillo, y luego deberían atravesar en una almadía el río Tisza; pero si había mucha agua, era preferible que hiciese dar allí heno a las bestias, aguardando a que las aguas bajasen, mejor que exponerse a que les ocurriese algo a los animales.

Después explicó a su ahijado que debía portarse bien en tierra extranjera para que no tuviera que avergonzarse de él su pueblo natal, Debrecen; que tenía que obedecer a sus amos y moderar su valor; que no se olvidase de su lengua materna; que fuese a la iglesia los días de fiesta, y no derrochase lo que ganara; si se casaba, que honrase a su mujer y bautizase a sus hijos con nombres húngaros, y que si tenía tiempo disponible para hacerlo, le escribiese a su padrino, el cual hasta pagaría el porte de las cartas. Y después de bendecirlo, le despidió para que fuera a cumplir su deber.

Durante aquel tiempo, los dos vaqueros moravos habían tratado de sacar a las bestias adquiridas del recinto y hacerlas emprender el camino en la dirección indicada. Pero los animales, en cuanto se vieron libres, comenzaron a correr en todas direcciones, y cuando los vaqueros moravos pretendían guiarlas con sus ahijadas, las vacas se defendían con sus cuernos; después daban vueltas buscando a sus terneros abandonados.

—¡Anda, ayuda a esos pobres muchachos! —dijo finalmente el jefe de los vaqueros a su ahijado.

—Haced sonar vuestro látigo —le dijo el pintor.

—¡Sólo me faltaría eso! —murmuró el vaquero—. Entonces todo el rebaño se dispersaría. No son caballos.

—Ya le he dicho que sería necesario atar por los cuernos a las vacas, emparejadas —exclamó el caballerizo mayor.

—Bueno, bueno; déjenme hacer los señores...

Entonces el vaquero silbó fuertemente, y enseguida apareció un perrillo de guarda y corrió con sonoros ladridos hacia el ganado; colocó en orden a los animales rebeldes, mordió en las patas a los más perezosos y, al cabo de algunos momentos, todo el rebaño estaba ordenado y seguía en perfecta formación al toro que los guiaba. Entonces el vaquero marchó tras ellos con su caballo, y los animó, llamando a cada vaca por su nombre: "¡Au, Rosita! ¡Au, Isabel!" Conocía el nombre de las veinticuatro vacas, y ellas escuchaban su grito. El toro se llamaba el Orgulloso.

Entonces el rebaño adquirido siguió tranquilamente su marcha sobre la llanura. Los señores siguieron a los animales con la mirada, hasta que éstos llegaron al borde del mar encantado. Allí, las bestias hiciéronse de improviso gigantes, como si no fuesen animales de nuestros días, sino mamutes antediluvianos; sus contornos se hicieron todos negros, sus patas alargáronse desmesuradamente y después apareció junto a cada animal el contorno invertido de una vaca, prolongándose la maravilla con la marcha del ganado.

Poco a poco, las primeras líneas desaparecieron en la niebla, y únicamente las vacas invertidas seguían siendo visibles, cuyas piernas andaban por el aire. Los vaqueros y el perro de guarda siguieron al rebaño con la cabeza hacia abajo y las piernas agitándose por el aire.

El pintor, tendido sobre la hierba, se retorcía de risa, gesticulando con piernas y brazos.

—Si cuento esto en Viena, en el círculo artístico, me echan.

—Es un mal signo —murmuró el señor Sajgató sacudiendo la cabeza—. Menos mal que ya tengo el dinero en el bolsillo.

—Pero el ganado todavía no ha llegado a su destino —murmuró a su vez el jefe de los vaqueros.

—Estoy asombrado —dijo el caballerizo mayor bromeando—, y no me explico cómo no ha venido un empresario a alquilar este teatro.

—Nosotros no lo alquilaríamos —respondió el señor Sajgató altivamente—. Bien sé que quisierais transportarlo a Viena; pero la ciudad de Debrecen no lo entregaría.

IV

Mientras, el cochecillo del veterinario cruzaba alegremente la puszta.

El pacífico caballejo no tenía necesidad ni de brida ni de látigo, sabiéndose su lección de memoria. El veterinario podía pues sacar tranquilamente su cuadernito de notas y dedicarse a hacer sus cálculos.

De repente, alzando los ojos, descubrió a un potrero que galopaba con velocidad vertiginosa.

Mas era un galope como si caballo y jinete se hubiesen vuelto locos. Tan pronto el caballo galopaba como se detenía, se encabritaba y tomaba otra dirección. El jinete estaba sentado en la silla, con la cabeza y todo el cuerpo echado hacia atrás, y teniendo las bridas sujetas con ambas manos. El caballo sacudía de un modo salvaje la cabeza, tiraba impetuosamente de las bridas, soplaba y relinchaba.

El veterinario agarró en seguida las bridas y el látigo, y se apresuro para cortarle el camino al jinete.

—Pero... ¡si es Alejandro! —exclamó.

Por un momento pareció como si éste hubiese reconocido al veterinario, porque soltó las bridas y dejó que su caballo corriese hacia el coche.

El inteligente animal galopó jadeante hacia el coche y se detuvo ante él. Dio una sacudida, relinchó y faltó muy poco para que hablase.

Pero el mozo seguía sobre la silla con el cuerpo echado hacia atrás y el rostro mirando al cielo; sus manos rígidas ya no sostenían las bridas, y únicamente sus espuelas apretaban los riñones del animal.

—¿Me oyes, Alejandro Décsi? —le gritó el veterinario. El potrero parecía no oír ni ver absolutamente nada, y caso de que oyese o viese, no podía responder.

El veterinario saltó rápidamente fuera de su coche, rodeó con sus brazos el cuerpo del jinete y lo bajó del caballo.

—¿Qué tienes, Alejandro?

El mozo no contestó. Sus labios estaban apretados convulsivamente uno contra otro; el cuello, echado hacia la espalda, y su pecho jadeaba como el de un enfermo; todo su cuerpo estaba echado hacia atrás. Sus grandes ojos abiertos brillaban con un fuego enfermizo, y lo más terrible era que las pupilas se habían dilatado en forma que daba miedo.

El veterinario tendió al muchacho sobre la hierba y se puso a auscultarle.

—El pulso, unas veces se acelera, otras se retrasa, y en ocasiones se detiene por completo; las mandíbulas están cerradas convulsivamente; el cuerpo se echa para atrás. El muchacho está envenenado, y con un veneno vegetal.

El veterinario encontró al mozo entre la posada de Hortobágy y los pastos de Mátra. Era pues probable que el potrero se encaminase hacia los pastos y que los efectos del veneno hubieran comenzado a dejarse sentir en medio de su camino. Mientras conservó el conocimiento se dio prisa, seguramente, para llegar a la granja; pero en cuanto sus fuerzas le habían abandonado y los terribles dolores habíanle puesto como desvanecido, perdió el dominio de sus movimientos, y estos mismos movimientos locos habían espantado al caballo, pues el animal llevaba la boca toda espumeante.

El veterinario quiso colocar al mozo en su coche; pero era demasiado pesado y no logró ni siquiera alzarle hasta el borde del vehículo.

Sin embargo, no era posible dejarle allí hasta que se pudiera volver en su ayuda, pues durante aquel tiempo las águilas hubieran despedazado al hombre indefenso.

El caballo miró al veterinario con ojos inteligentes, casi como si supiese hablar, y después humilló la cabeza sobre el pecho de su amo y dejó oír un corto relincho repetido.

—¡Está bien; ahora ayúdame! —le dijo el veterinario. Y el caballo lo comprendió. ¡Cómo había de no comprenderlo! ¡Un caballo de la puszta! Son animales que casi tienen alma. Apenas vio el caballo que el veterinario trataba de levantar el cuerpo de su amo, le agarró del jubón con los dientes y trató de levantarlo. Así lograron, por fin, meterlo dentro del coche.

El veterinario ató el caballo por el cabestro al coche y corrió rápido en dirección a la granja.

Allí había un pequeño hospital y una farmacia, pero únicamente para los animales. El mismo no era más que veterinario; pero en casos como aquél todo el mundo que puede debe prestar su ayuda.

Pero era necesario averiguar si podría ayudar, siendo ante todo, preciso saber de qué veneno se trataba. ¿Sería estricnina o belladona?

Apenas llegaron a la casa, el veterinario llamó inmediatamente a su ama de llaves y a su ayudante.

Pronto quedó preparado el café; pero no era cosa fácil hacérselo tomar al enfermo, cuyas mandíbulas de tal modo estaban apretadas que para derramar el café entre los dientes fue preciso abrirlas con la ayuda de un hierro.

El veterinario dispuso ponerle compresas de agua fría sobre la cabeza y una cataplasma de mostaza en el estómago; y, como no había nadie que pudiera ayudarle, lo hizo todo por sí mismo. Al mismo tiempo escribía cartas y daba órdenes a su ayudante.

—Escucha y conserva bien en tu memoria todo lo que te digo. Vas en coche lo más de prisa que puedas a la posada de Hortobágy y le entregas al posadero esta carta. Si diese la casualidad de que no se encontrara en la casa, le dirás al cochero que yo le mando que enganche inmediatamente el caballo y que al galope vaya hasta la ciudad, entregando en seguida esta carta lacrada al médico. Yo no soy más que un veterinario y mi profesión me prohíbe cuidar a las personas; pero el caso exige un socorro inmediato. El mismo doctor traerá también la medicina. A la hija del posadero puedes decirle que me envíe todo el café molido que tenga en la casa, pues hasta tanto llegue el médico hay que darle sin cesar café al enfermo. Y, sobre todo, vuelve pronto. El ayudante comprendió la importancia de la misión que se le encomendaba y se apresuró a ejecutarla. Fatigado el caballo, que apenas si había tenido tiempo de descansar, se vio forzado a reanudar su carrera. Precisamente se hallaba Clara en la puerta de la casa, disponiéndose a regar los rosales, cuando el mensajero llegó con su coche.

—¿Qué es lo que te trae, Esteban, galopando tan de prisa?

—Una carta para el amo.

—Será difícil que le hables en este momento, porque está en trance de colocar un enjambre de abejas en un cesto nuevo.

—Hay en la carta una orden del veterinario para que envíen en seguida un coche en busca del médico.

—¿Qué es eso? ¿Tenéis algún enfermo en vuestra casa? ¿Quién de vosotros tiene la fiebre?

—De nosotros nadie; el veterinario ha encontrado al enfermo en la pradera. Es Alejandro Décsi, el guardián de caballos.

La muchacha dio un grito y la regadera se desprendió de sus temblorosas manos.

—¿Alejandro? ¿Está enfermo?

—Sí, y de tal modo que los dolores le hacen morder la sábana de la cama y golpea su cabeza contra la pared. Se conoce que al pobre lo ha envenenado alguien.

Fue preciso que la joven se apoyase en la pared con ambas manos para no caer al suelo.

—El veterinario no sabe a punto fijo de qué se trata, y por eso hace venir de la ciudad al médico.

Clara balbuceó algunas palabras ininteligibles.

—¿No sabe de qué se trata? —balbuceó la muchacha, mientras todo su cuerpo temblaba.

—El veterinario le pide a usted, además, que le envíe todo el café molido que tenga en casa, porque cuida a Alejandro con café negro, hasta tanto que el médico de la ciudad traiga la medicina; ignora cuál puede ser el veneno que le han dado al desgraciado.

Y el ayudante del veterinario marchó apresurado en busca del posadero.

—¿Ignora cuál puede ser el veneno? —murmuró entre dientes Clara, mirando fijamente delante de ella—. Pero yo sí que lo sé y se lo podría decir al veterinario. Así sabría en seguida lo que había que darle.

Tras aquellas palabras corrió a su cuarto, abrió el cofre, buscó en él la maldita raíz milagrosa de cabeza humana y se la metió en el bolsillo.

"¡Maldita aquélla que le había dado el mal consejo y maldita quien lo había aceptado!"

Después se puso a tostar café, y cuando el ayudante volvió del jardín —porque primero tuvo que ayudar a trasladar las abejas al cesto nuevo—, ya tenía llena de café molido la caja de estaño.

—Déme usted, pues, el café, señorita.

—Voy yo contigo.

El ayudante, que era un muchacho inteligente, lo comprendió todo en seguida.

—No venga usted conmigo, señorita, porque no le sentará bien ver a Alejandro Décsi en semejante estado. Cuando se ven dolores tan terribles, uno no puede resistir. Además, mi amo no la dejará entrar.

—No quiero más que hablar con tu amo.

—¿Y quién servirá mientras a los huéspedes de la posada?

—Se quedan la criada y el mozo tabernero.

—Por lo menos pregunte usted al posadero si se lo consiente.

—No, para qué. No se lo pregunto, porque sé que no me dejaría marchar. Démonos prisa, no me detengas.

Tras estas palabras apartó al mozo hacia un lado, se lanzó al patio, subió de un salto al coche, agarró las bridas y el látigo, dando al caballito un golpe, de modo que se pusiera al galope.

Sorprendido el mozo empezó a gritar jadeante, siguiéndola: "¡Señorita Clara! ... ¡Señorita Clara! ... Párese, no sea tan loca."

Y corrió tras el puente, donde el caballo, rendido, comenzó a andar al paso. Allá saltó también dentro del coche.

El pobre animal no recibió nunca tantos latigazos como le dieron en aquella caminata. Cuando llegaron a aquella parte del camino donde empieza el suelo arenoso, apenas si podía continuar.

Entonces Clara saltó impaciente del vehículo, y llevando consigo la caja, corrió con todas las fuerzas de sus piernas a través del campo de trébol y hacia la casa del veterinario.

Llegó jadeante y fuera de sí.

El veterinario, que la había visto llegar a través de la ventana, salió a su encuentro y en el patio le cortó el paso.

—Bueno, Clarita; ¿cómo es eso? ¿A qué viene usted?

—¿Cómo está Alejandro? —preguntó la muchacha respirando con dificultad.

—¿Alejandro? Mal.

A través de la cerrada puerta llegaba hasta los oídos el gemido doloroso del enfermo.

—¿Qué es lo que ha ocurrido?

—Ni yo mismo lo sé —dijo, no atreviéndose a dar su opinión.

—Pues yo sí lo sé. Es que le han dado algo de beber. Una mala mujer. También sé quién es. Para que se enamorase perdidamente de ella le ha mezclado algo en el vino, y por eso se ha puesto enfermo. Yo sé quién es ella y qué es lo que le ha dado.

—Señorita, no lo diga usted. Es una acusación muy grave. Además, habría que probarlo.

—¡Aquí está la prueba!

Y sacó del bolsillo la raíz venenosa y se la alargó al veterinario.

—¡Cielos! —gritó el veterinario horrorizado—. Pero si es la atropa mandrágora. Un veneno mortal.

La muchacha se llevó desesperadamente las dos manos al rostro.

—¿Pero, sabía acaso yo que se trataba de un terrible veneno?

—¡Clarita! No me asuste, porque si no, salto por la ventana. ¿Supongo que no habrá usted envenenado a Alejandro?

Silenciosamente, Clara dijo que "sí" con la cabeza.

—¿Y por qué, Dios mío, ha hecho usted eso?

—Era conmigo muy cruel, y me había dicho una gitana que con este medio lograría que me fuese fiel toda la vida.

—¡Ah! ¿Conque frecuentas el trato de las gitanas? No quieres ir a la escuela, donde el maestro te enseñaría a conocer las plantas venenosas, y, en cambio, aprendes lo que te cuentan las gitanas. Ahora sí que has hecho al muchacho bien dócil.

En su rabia tuteaba a la joven.

—¿Se morirá? —preguntó Clara con una voz llena de angustia.

—Sólo faltaría eso, que se muriese. No tiene el alma tan débil.

—Entonces, ¿seguirá viviendo?

Y, pronunciando aquellas palabras de esperanza, cayó de rodillas ante el veterinario, agarrándole las manos, que en vano el hombre trató de arrancarle.

—Vamos, vamos, no me agarres las manos, que están llenas de cataplasma de mostaza y se te hincharán los labios.

Pero ella besaba sus pies, y cuando se veía rechazada besaba las huellas de los pies, las huellas de los pasos sobre los ladrillos, llenas de barro, poniendo en ellas sus húmedos labios rojos.

—Pero, levántese y déjeme decirle algo razonable. ¿Ha traído usted el café? ¿Está tostado? Sí. ¿Y molido? Muy bien. Hasta que venga el médico es preciso que el enfermo beba café incesantemente. Conviene que hayas dicho de qué veneno se trata, porque así sé cuál es el contraveneno que tenemos que darle. Y ahora, hija mía, trata de marcharte de aquí y de desaparecer de la comarca; que no descubran tu pista, porque, hija mía, lo que has cometido es un delito criminal; el médico lo denunciará y la cosa llegará hasta el tribunal y los jueces. Huye, pues. Allá, donde las lenguas no sepan hablar.

—Yo no me muevo de aquí —dijo Clara, enjugándose los ojos húmedos con su delantal—. Aquí está mi cabeza, que me la corten. No pueden castigarme más. Si he pecado, que me castiguen según la ley y la justicia manden. Pero yo no me voy. Ese gemido que desde aquí escucho me liga más fuertemente que si mis pies y mis manos estuviesen atados. Por el amor de Dios, señor médico, permítame que permanezca cerca de él, que le cuide, que pueda ponerle los paños de agua fría, arreglarle las almohadas y enjugar el sudor de su frente.

—¿Pero qué cosas se te ocurren? Me encerrarían en un manicomio si dejase al envenenado al cuidado de la envenenadora.

Ante aquella cruel respuesta, el rostro de la joven se convulsionó con un dolor indecible.

—Luego, ¿también usted cree que yo soy mala?

Lanzó una mirada en derredor suyo, descubriendo en el borde de la ventana la raíz que ella misma había traído como cuerpo del delito, y agarrándola rápidamente, y antes de que el veterinario pudiese impedirlo, se la metió en la boca.

—¡Pero, Clara, no hagas tonterías con esa raíz, no la muerdas! Pronto, sácatela de la boca. Dámela. Te permitiré más tarde entrar en el cuarto del enfermo. Pero anticipadamente te digo que no es un espectáculo adecuado para ti. Las gentes débiles de corazón no pueden ver tales sufrimientos.

—¡Lo sé todo! Su ayudante me lo ha contado todo. Que su cambio es tal que no se le puede reconocer. Que sus hermosas mejillas sonrosadas están llenas de manchas azules; que la sombra de la muerte está tendida sobre su hermosa frente blanca y un sudor frío corre por su rostro; que sus ojos están terriblemente abiertos e inmóviles, como si fuesen de vidrio; que sus labios están fuertemente apretados y que, cuando los abre, sale por entre ellos una espuma blanca, y que, además de todo esto, da profundos gemidos y hace castañetear sus dientes y sus miembros se agitan en movimientos convulsivos, de modo que da pena verlo y oírlo. Pero es necesario que ése sea mi castigo. Que su gemido corte mi corazón como un cuchillo afilado. Aunque no lo vea con mis propios ojos ni lo oiga con mis oídos, lo veo y lo escucho ahora mejor que si estuviese dentro de la habitación.

—Bueno; inténtalo, si es que te encuentras con fuerzas. Te daré la cafetera para que en seguida le prepares el café. Pero si comienzas a llorar te saco fuera.

Cuando descubrió al mozo soberbio y fuerte tendido sobre el lecho, se presentó ante sus ojos verde y amarillo. ¡Qué es lo que había sido de aquel real mozo que horas antes se había despedido de ella, en un espacio de tiempo no mayor del que se necesita para contar un cuento!

El veterinario llamó también a su ayudante.

Clara dominó sus sollozos, y si éstos salían a veces de todos modos de su garganta, una mirada llena de reproches del veterinario bastaba, diciendo ella que tenía hipo. Los dos hombres pusieron la mostaza sobre las piernas del enfermo.

—Dadme el café. Es preciso hacérselo pasar entre los dientes.

Pero aquello era cosa difícil y muy complicada. Era necesario que los hombres separasen los brazos rígidos del muchacho para que no se retorciese convulsivamente.

—¡Bueno, Clarita; ahora ábrele la boca! ¡Oh!, así no puede ser. Es necesario que metas ese hierro entre sus dientes. Así; sobre todo no tengas miedo, que no se lo tragará. Sus dientes lo sostendrán tan fuertemente como si estuviese cogido por tenazas de hierro.

Clara obedeció.

—Bueno; ahora échale el café muy despacio. Así. ¿Ves? Eres una muchacha muy lista. Te recomendaré a las hermanas de la caridad como enfermera.

La muchacha sonrió, aunque su corazón estaba a punto de estallar.

—¡Si por lo menos no me mirase tan fijamente con los ojos!

—¿Es eso lo que te causa más pena, sus ojos fijos? Lo creo.

Entonces el estado del enfermo experimentó una pequeña mejoría. Quizá era aquello el efecto del contraveneno. Su doloroso gemido se hizo más bajo y las convulsiones de los miembros eran menos fuertes. Pero la frente le seguía ardiendo como si tuviese fuego.

El veterinario dio a la muchacha instrucciones precisas acerca de cómo debía retorcer la servilleta húmeda, cuánto tiempo debía mantener la compresa sobre la frente y cuándo había que renovarla. Ella le obedeció en todo.

—Veo, Clara, que tienes un corazón valiente.

La recompensa de todo aquello no tardó en llegar.

Era la alegría de ver cómo el enfermo cerraba los ojos, no mirando más tan terriblemente con aquellos ojazos vidriosos y aureolados.

Más tarde abrió también los labios, y ya no fue preciso abrirle a la fuerza sus apretados dientes.

Probablemente, aquello era el rápido remedio que hacía su efecto. ¿O era acaso que la dosis de veneno no había sido grande? Cuando el médico, llegó de la ciudad el estado del paciente había mejorado de una manera considerable. Habló largo rato en latín con el veterinario, y aunque Clara no entendió nada, su claro instinto le hizo comprender que se ocupaban de ella.

Entonces el médico prescribió una pócima, escribió el "despáchese" y se volvió al instante a la ciudad. El guardia que había venido con él, sentado junto al cochero, se quedó.

Apenas había marchado el médico cuando entró en el patio un segundo coche, en el que venía el posadero para reclamar la muchacha al veterinario.

—No corra usted tanto, amigo mío. La señorita está detenida preventivamente. Vea usted ahí el guardia.

—Si ya lo decía yo siempre..., que estas muchachas se vuelven locas en cuanto una vez pierden la razón. Por otra parte, todo esto no me importa gran cosa. No somos parientes próximos.

Y con una tranquila flema se volvió a su casa.

V

La muchacha veló, durante toda la noche, a la cabecera del enfermo. Por todos los tesoros del mundo no hubiera dejado su puesto a otra persona.

Y, sin embargo, también la noche anterior la había pasado en vela.

Pero no de aquel modo.

Aquél era el castigo.

Sentada sobre una silla, dormíase a veces; pero el más ligero gemido del enfermo la despertaba. Cada vez que le ponía una compresa fría se lavaba los ojos para seguir estando despierta.

Al primer canto del gallo cayó sobre los ojos del paciente un sueño bienhechor, lo cual era una crisis de buen augurio. Se estiró y comenzó a roncar en tono alto y normal.

Al principio, Clara se asustó mortalmente, porque pensó que aquellos eran los últimos estertores; pero luego su corazón se llenó de un violento goce. Era aquél un ronquido regular y sano, porque sólo un hombre que se encuentra bien es capaz de roncar así. Y, además, con aquel ronquido la hacía defenderse contra el sueño.

Hasta el segundo canto del gallo el enfermo durmió de un tirón.

Luego se despertó y bostezó.

¡Gracias a Dios! Ya sabía bostezar.

Cesaron las convulsiones. Aquellos que padecen bajo la tiranía de sus nervios saben lo bien que sienta un bostezo sano después de las convulsiones.

Clara quería echarle de nuevo café; pero el enfermo volvió la cabeza y murmuró en voz baja: "Agua."

La muchacha llamó a la puerta del veterinario, que dormía en la habitación de al lado, y le preguntó si podía darle al enfermo el agua que pedía.

El veterinario se levantó en seguida, y con la ropa de dormir y en zapatillas fue a observar al enfermo.

El estado de éste le dejó completamente satisfecho.

—Esto marcha muy bien. Si tiene sed, es una buena señal. Puede usted darle toda el agua que desee.

El enfermo bebió un gran vaso con agua y después se durmió tranquilamente.

—Va a dormir mucho rato —dijo el veterinario—. Bueno. Clarita; puedes ir a acostarte. En el cuarto de mi ama de llaves encontrarás preparada una cama. Dejaré la puerta abierta y cuidaré del enfermo.

—Permítame usted que permanezca aquí. Apoyaré la cabeza sobre la mesa y me dormiré de ese modo. ¿Quiere usted?

El veterinario lo consintió.

Cuando la muchacha despertó vio que era ya de día y que sobre el tejado los gorriones cantaban alegremente.

El enfermo no sólo seguía durmiendo, sino que hasta soñaba.

Sus labios se movían, balbuceaba algo y se sonreía. Abrió lentamente sus pesados párpados; pero aquello debía ser para él una gran fatiga, porque en seguida los volvió a cerrar. Sus labios estaban secos y se abrían, chascando.

—¿Quieres que te dé agua? —cuchicheó la muchacha.

—¡Hum! —murmuró el enfermo sin abrir los ojos. Le llevó un gran vaso de agua; pero aquel hombre, que hubiera sido antes capaz de mascar hierro, no tenía fuerzas bastantes para sostener el vaso. Era preciso que ella le alzase la cabeza y se lo pusiera en los labios.

Después de beber se durmió de nuevo.

Y cuando su cabeza se desplomó sobre la almohada, comenzó a cantar en voz baja; quizá no era otra cosa que la continuación de aquella canción que había comenzado a cantar en sueños, de aquella canción arrogante que dice:

¿Podrán nuestras empresas
no ser dichosas,
si las gitanas húngaras
son como rosas?

VI

Al cabo de algunos días el muchacho estaba curado. Un mozo como él, criado en la puszta, apenas venció al mal, tenía que detestar la cama. Por eso al tercer día anunció al veterinario que deseaba volverse a los pastos donde servía.

—Espera todavía un poquito más, hijo mío, que hay alguien que te tiene que decir algo.

Aquel alguien era el juez de instrucción.

Al tercer día después de la denuncia llegó el juez, en unión de un notario y de un guardia, con el objeto de comenzar las diligencias oficiales.

La muchacha fue interrogada como acusada; lo contó todo tal como había sucedido, no negó nada, y únicamente dijo, para excusarse, que amaba a Alejandro infinitamente, y que deseaba que él la amase de la misma manera.

Todo aquello fue escrito en los autos y firmado. Quedaba tan sólo confrontar a la envenenadora con su víctima, lo que fue ejecutado en cuanto el mozo se sintió con fuerzas bastantes para abandonar el lecho.

Durante todo aquel tiempo, el nombre de la muchacha no apareció en los labios del potrero, el cual obraba como si no supiese que ella había estado allí y le había cuidado, ya que, desde que el mozo recobró el conocimiento y se tranquilizó, Clara no se dejó ver más.

Después de la confrontación, el juez leyó otra vez a la muchacha toda su declaración, que fue nuevamente ratificada sin modificar una sola palabra.

Entonces fue llamado Alejandro, quien apenas fue introducido en la sala, comenzó a representar un papel que con anticipación tenía preparado.

Se mostró de tal modo chulesco, que no parecía sino que hubiese aprendido en alguna obra teatral la fanfarronería del tipo de los potreros. A la pregunta de cómo se llamaba, contestó al juez altivamente:

—Mi nombre honrado es Alejandro Décsi. No he hecho daño a nadie, ni he robado tampoco, para que se me traiga aquí con guardias. Además, no pertenezco a la jurisdicción de la justicia civil, porque soy todavía soldado del emperador. Si alguien me acusa de alguna cosa, que me cite ante el tribunal militar, y allí me defenderé.

El juez apaciguó flemáticamente al irritado:

—Tranquilidad, joven, tranquilidad. No se le acusa a usted de nada. Únicamente queremos recibir su declaración acerca de un asunto que le interesa muy de cerca. Ése es el fin de esta información. Dígame cuándo ha estado usted por última vez en el despacho de vinos de la posada de Hortobágy.

—Puedo decirlo con gran precisión. ¿Por qué había de ocultarlo? Pero antes quiero que se vaya el guardia que está a mis espaldas; porque soy muy quisquilloso, y si se acerca demasiado a mí y me roza, podría darle una...

—Vaya, vaya... Tranquilidad, joven; tiene usted demasiada sangre. El guardia no está ahí para vigilarle. Dígame, pues: ¿cuándo ha estado usted la última vez en casa de la señorita Clara, para beber?

—Forzando un poco mi memoria, podré decirlo. La última vez que estuve en la posada de Hortobágy fue el año pasado, el día de san Demetrio; aquel día fue cuando me vestí el uniforme del emperador. Desde aquel día no he estado en esta comarca.

—¡Alejandro! —le interrumpió la joven con un grito.

—¡Ese es mi nombre! Así fue como me bautizaron.

—Luego, ¿no estuvo usted hace tres días en la posada de Hortobágy, el día en que la muchacha del posadero le dio a beber un vino que estaba envenenado con jugo de raíz de mandrágora, y que le ha puesto a usted tan gravemente enfermo?

—No, no estaba en la posada de Hortobágy; y en cuanto a la señorita Clara, hace seis meses que no la he visto, y mucho menos he bebido de su vino.

—¡Alejandro! ¡Mientes, por causa mía! —exclamó Clara.

El juez le riñó furiosamente.

—¡No trate usted de engañar a la justicia con sus mentiras! Ella misma me ha confesado que le dio a usted de beber un vino envenenado con el jugo de la mandrágora.

—Entonces la muchacha ha mentido.

—¿Qué razón iba a tener la muchacha para echar sobre sí un crimen que tendría para ella las más graves consecuencias?

—¿Qué razón tendría? La de que una muchacha, cuando le llega su hora de locura, ni oye ni ve nada; pero parlotea toda clase de ideas absurdas. La señorita Clara tiene una queja contra mí: el que no quiero mirarla a los ojos con bastante fuerza; y ahora, se ha acusado a sí misma, porque quiere que, compadecido de ella, confiese quién es la otra donde yo he estado; quién es la hermosa muchacha que cuida de mi corazón enfermo, la que me ha dado ese brebaje de hechizo. Pero lo diré si quiero, y si no quiero, no lo diré. Es ésa su venganza por no haber estado en su casa desde que volví del ejército con licencia.

La muchacha gritó contra él, como un furioso dragón.

—¡Escucha, Alejandro! ¡Tú nunca has mentido! ¿Qué ha sido de ti? En otro tiempo, cuando con sólo una palabra mentirosa hubieras podido librarte del servicio militar, no fuiste capaz de pronunciar aquella palabra. Y ahora niegas que estuviste en mi casa hace tres días.

Entonces, ¿quién me dio la peineta con la que sujeté mis cabellos en un nudo?

El potrero dejó oír una risa irónica.

—La señorita sabrá, seguramente mucho mejor que yo, por quién se alzó los cabellos con un nudo.

—Alejandro, no está bien lo que haces. No me quejaré si por causa de mi crimen me ponen en la picota o me echan a latigazos. Aquí está mi cabeza: que me la corten; no me importa nada. Pero no digas que no me quieres, que no estabas en mi casa, porque eso es peor mil veces que la muerte.

El juez comenzó a sentirse furioso.

—¡Caramba! Arreglen ustedes en otra ocasión su disputa amorosa; pero es preciso que sepa yo quién es el envenenador, pues se trata de un delito de envenenamiento in fraganti.

—¡Bueno, responde! —exclamó la muchacha, con la mirada encendida—. ¡Contesta, si puedes!

—Lo diré, si es preciso. Sobre el llano de Ohát he encontrado una caravana de gitanos vagabundos. Una gitana joven, maravillosamente bella, de negros ojos, se encontraba a la puerta de su tienda. Me dirigió la palabra y me hizo entrar en su morada. Precisamente estaban asando en la tienda un tocinillo lechal. Me estuve divirtiendo con ellos y bebí de su vino, aunque en seguida noté que tenía un gusto amargo. Pero los besos de la gitana eran dulces y me hicieron olvidar que el vino era amargo.

—¡Mientes! ¡Mientes! ¡Mientes! —exclamó la muchacha—. Esa joven gitana te la has inventado.

Pero el potrero reía con arrogancia. Se puso alegremente la mano izquierda sobre la sien, y haciendo castañetear los dedos de la otra mano, cantó en voz baja la canción:

¿Podrán nuestras empresas
no ser dichosas,
si las gitanas húngaras
son como rosas?

Porque aquella historia no había nacido entonces en su cerebro, sino durante aquella primera noche de dolores, cuando "la rosa amarilla" le arreglaba la almohada y le refrescaba la frente. Con su dolorida cabeza inventó aquel cuento para salvar a su novia infiel.

Pero el juez, furioso, dio un puñetazo sobre la mesa.

—¡No me represente una comedia!

Entonces el potrero se puso de nuevo serio y digno.

—Señor juez, yo no represento una comedia. Lo que he dicho es la verdad, y ante Dios lo juro.

Y levantó sus tres dedos para prestar juramento.

—¡No, no, no debes jurar! —gritó Clara—. No debes jurar; ¡no debes perder la salud eterna de tu alma!

—¡Váyanse al diablo! —gritó el juez—. ¡Están los dos locos! Señor notario, tome nota de la declaración del mozo relativa a la joven gitana, a la que acusa del crimen. Que la busque la policía, que es cosa suya. Y vosotros os podéis marchar. Si es necesario ya os llamaré.

Con aquello la joven fue puesta en libertad; pero antes recibió del juez una severa amonestación.

El mozo tuvo que quedarse todavía para escuchar la lectura de su declaración, escrita en los autos, y firmarla.

Clara le esperaba fuera. El caballo de Alejandro estaba ya listo en el patio.

Pero el potrero entró primero en casa del veterinario para darle las gracias por sus cuidados.

El veterinario, que figuraba como testigo, lo había oído todo.

—Bueno, Alejandro —dijo al fin, interrumpiendo los extensos reconocimientos del mozo— he visto en el teatro muchos y buenos actores; pero ninguno de ellos ha representado el papel de chulo tan bien como tú.

—¿No debía obrar así? —preguntó Alejandro, poniéndose serio.

—¡Eres un buen muchacho! Has hecho bien. Pero si te vuelves a encontrar con la muchacha, dile algo bueno. La pobre no sabía que cometía una mala acción.

—No tengo nada contra ella. ¡Que Dios bendiga a usted por su gran bondad!

Cuando salía al corredor, Clara le cortó el paso y le agarró las manos.

—¡Alejandro! ¿Qué has hecho? Has perdido tu alma por toda la eternidad. Has jurado en falso, has mentido para salvarme. Has negado que me amabas, para que no ensangrentaran mi cuerpo, para que el verdugo no cortase mi delgado cuello. ¿Alejandro, por qué has hecho eso?

—Es asunto mío. Pero puedo decirte que, a partir de hoy, desprecio, aborrezco a uno de nosotros dos. No llores, que no es a ti. Ya no puedo mirarte a los ojos, porque me veo en ellos. Ya valgo menos que ese botón roto que se ha descosido de mi jubón. Dios te bendiga.

Tras estas palabras saltó a su caballo y desapareció en seguida en la brumosa lejanía.

Pero Clara le siguió con la mirada fija, hasta que sus grandes ojos se arrasaron en lágrimas ardientes; después recogió del suelo el botón tirado, y lo colocó sobre su pecho.

VII

La posibilidad indicada por el jefe de los vaqueros, es decir, que el rebaño de las vacas no pudiese pasar por el puente de Polgár, se había realizado. Al mismo tiempo habían crecido los ríos Tisza, Hernád y Sajó. Y el agua había subido tanto que las ondas llegaban ya a los tablones del puente. La almadía había sido retirada del agua y atada a unas acacias. Las olas fangosas y negras arrastraban consigo árboles arrancados de raíz. Los patos salvajes, los somorgujos y las bécadas nadaban en grupos sobre las aguas, pues con aquel tiempo no le temían al cazador.

Aquella interrupción de las comunicaciones era un gran perjuicio, no sólo para las vacas del conde, sino igualmente para las gentes que querían ir a la feria, y cuyos carricoches permanecían atascados en el enorme barro, mientras aquéllas se lamentaban en la única sala de la taberna del vado.

Paco Lacza se puso en camino para comprar heno para el ganado, toda una hacina.

—Aquí podemos aburrirnos lo menos tres días.

Afortunadamente había entre las gentes que iban a la feria una guisandera, la cual llevaba consigo una enorme cacerola de hierro y una gran provisión de carne de tocino fresca. Al instante improvisó con cañas de maíz una tienda, y bajo la tienda un puesto de comida. No necesitaba comprar leña, porque el Tisza arrastraba consigo bastante. En cuanto a vino, lo había en la taberna del vado; verdad es que era bastante mediano; pero cuando no hay otra

cosa, toda parece bueno. Por otra parte, el húngaro, cuando se pone en camino, siempre lleva consigo una bota y un saquete con provisiones.

El zapatero de Debrecen y el curtidor de Balmazujvaros eran ya antiguos conocidos, y el botonero suele ser compadre de todo el mundo; el tendero estaba sentado en una mesa separada —considérase más que los demás porque lleva un jubón de adornos rojos— pero de tiempo en tiempo se mezclaba igualmente en la conversación. Más tarde también un chalán se unió con ellos; pero debía permanecer en pie, porque tenía la nariz curvada, es decir, era un judío. Pero, en cambio, cuando el vaquero se aproximó a ellos le hicieron en seguida sitio, porque ante un vaquero hasta las gentes de la ciudad experimentan respeto. Los dos vaqueros moravos se quedaron fuera con las bestias.

Aun podían entonces hablar cómodamente, porque no estaba allí la Pundor, pues cuando esta joven llegase nadie podría meter baza. Pero su carricoche debía haberse retrasado en alguna hospitalaria taberna del camino; venía en el cochecillo de su cuñado el carpintero.

Éste llevaba al mercado baúles húngaros, adornados de tulipanes, y la Pundor proporcionaba a las gentes jabones y velas de sebo. Cuando entró el vaquero en la sala, estaba de tal modo llena de humo y de vapor, que apenas si se podía distinguir a las personas.

—Cuente usted, pues, compadre —dijo precisamente el zapatero dirigiéndose al curtidor—. Usted es el que vive más cerca de la posada de Hortobágy. ¿Cómo fue lo del potrero envenenado por la muchacha del posadero?

Aquella pregunta atravesó el corazón del vaquero como una aguda espada.

—Es que la hermosa Clara echó en el gulyás que preparaba para Alejandro Décsi rapé en lugar de pimentón.

El tendero le contradijo.

—Según lo que yo sé, fue que le dio a beber cerveza de miel con cicuta, de la que se acostumbra a emplear para atontar a los peces.

—¡Ah!, el señor lo sabe mucho mejor porque lleva una cadena de oro. Parece ser que han llamado al médico militar de Balmazujváros, el cual ha hecho la autopsia del cadáver del potrero envenenado, y ha encontrado en su estómago los polvos del rapé. Lo han puesto en alcohol, y será ante el tribunal el cuerpo del delito.

—¡Ah!, ¿luego el señor sería capaz de afirmar que el potrero ha muerto? En realidad, no ha muerto del todo, únicamente se ha vuelto loco. Lo han trasladado a Buda, en donde le harán un agujero en la cabeza, pues parece ser que todo el veneno se le ha subido a la cabeza.

—¡Hola, hola! ¿Conque lo han trasladado a Buda? Sí, sí, bajo tierra es donde lo han trasladado para que haya madera barata. Mi mujer ha hablado en persona con la florista que ha hecho las coronas para el pobre muchacho, y no hay la menor duda.

—Aquí está la señora Csikmák, la guisandera, que ha salido de Debrecen un día después que nosotros. Llamadla, pues ella estará mejor enterada que nosotros.

Pero la señora Csikmák no podía dar su opinión más que a través de la ventana, pues no le era posible abandonar el asado. Según ella, el potrero envenenado estaba ya bajo tierra; el coro de la iglesia de Debrecen había cantado en su entierro, y el cura había pronunciado un hermoso discurso.

—¿Y qué ha sido de la muchacha? —preguntaron los tres hombres al mismo tiempo.

—La muchacha se ha escapado con su amante, un vaquero, por cuya incitación había envenenado al potrero; y ahora piensan fundar juntos una partida de bandoleros.

Paco Lacza escuchaba tranquilamente.

—Todo eso no son más que habladurías —dijo el tendero—. Ya veo que está usted mal informada. En seguida detuvieron a la muchacha, le pusieron las esposas, y la hicieron conducir por los guardias. Mi criado estaba presente cuando la llevaron al ayuntamiento.

El vaquero callaba y no se movía.

La lengua húngara resulta muy amable cuando a un fenómeno como la señora Pundor lo llama "joven".

—Bueno; la señora Pundor nos dirá en seguida lo que ha ocurrido con la muchacha que ha envenenado al potrero.

—Estad seguros de que os lo diré, hijos míos; pero primero dejadme descansar un poco.

Y se sentó sobre el enorme cofre, porque lo mismo las sillas que los bancos se hubieran roto bajo su enorme peso.

—La hermosa Clara, ¿está encerrada o ha huido?

—¡Oh!, está ya delante del tribunal. La han condenado a muerte; mañana será trasladada a la celda de los condenados a muerte, y pasado mañana será ejecutada. Hoy llega el verdugo de Szeged; ya han alquilado para él una habitación en El Caballo Blanco, pues en El Toro Negro el dueño no ha querido recibirlo. Tan cierto es esto como que estoy aquí sentada. Lo sé por el criado de la fonda, que compra en mi casa las velas.

—¿Qué muerte le darán?

—Merecía, y si hubiese justicia así sería, el que la quemasen viva; pero no harán más que cortarle la cabeza, porque es de noble cuna.

—Quite usted de ahí, señora —dijo el tendero— en nuestro tiempo ya no se guardan consideraciones a la nobleza. Antes del año 48,7 sí; entonces yo llevaba puestos en mi zamarra

botones de plata, y me tomaban por noble y no me reclamaban el peaje en el puente de Pest; pero ahora ya me puedo poner la zamarra, que no me sirve para nada.

—Déjenos usted en paz con su zamarra y sus botones de plata —dijo el botonero, arrebatándole la palabra—, y que nos cuente aquí la joven por qué motivo la muchacha cometió crimen tan tremendo.

—¡Ah! Es una historia bastante sucia. Por ese asesinato se ha descubierto la pista de otro. No hace mucho tiempo vino por aquí un rico tratante en ganados de Moravia con objeto de comprar unas vacas. Llevaba encima mucho dinero. La hermosa Clara y su amante, el joven vaquero, asesinaron al tratante de ganado y arrojaron su cuerpo al Hortobágy. Pero el potrero, que estaba también enamorado de la muchacha, los descubrió. Por esa razón dividieron al principio con él el dinero robado; pero después lo envenenaron para desembarazarse de él.

—¡Caramba! ¿Y no han cogido al vaquero? —exclamó el zapatero, indignado.

—Lo han buscado por todas partes; pero ya ha cruzado el mar. Sin embargo, todavía lo buscan todos los guardias de la puszta. Por todas partes han pegado los edictos de su persecución. Yo misma los he leído. Ofrecen cien escudos para el que lo coja vivo. Yo lo conozco muy bien.

Si en lugar de ser Paco Lacza hubiera sido Alejandro Décsi el que estaba allí presente, a aquellas palabras hubiera seguido un cuadro, una escena de teatro de gran efecto. Hubiera echado a rodar por el suelo su silla, hubiera dado sobre la mesa un golpe con su pesado garrote cubierto de plomo y habría gritado provocador: "Yo soy el vaquero a quien buscan. ¿Quién se quiere ganar los cien escudos que dan de premio por mi cabeza?"

¡Ah, ah, ah! ¡Cómo hubiera escapado en un instante toda aquella digna sociedad: los unos, por la bodega; por la chimenea los otros!

Pero no son ésas las maneras de un vaquero. Está habituado a la moderación y a la circunspección, y al lado de los animales ha aprendido que no es cosa buena cogerlos por los cuernos.

Apoyó, pues, los dos codos sobre la mesa y preguntó con toda tranquilidad:

—¿Y ha reconocido usted al mozo después de leer la descripción?

—¿Si lo he reconocido? ¿Cómo no iba a reconocerlo, si ha sido en mi casa donde él compraba siempre el jabón?

Entonces el chalán quiso también demostrar su talento.

—Pero vamos a ver, querida señora —dijo—, ¿para qué podía servirle a un vaquero el jabón? Esas gentes llevan todo el año camisas y calzoncillos azules, y no necesitan jabón, porque sus ropas interiores tienen que cocerse con lejía.

—Ya está. Éste quiere meter su nariz en todo. ¿Me quiere usted decir que sólo se necesita el jabón para la ropa sucia, no es así? ¿Y un vaquero no se afeita nunca? ¿Cree usted que llevan una barba tan larga como la de los tratantes judíos?

Todos los reunidos rompieron a reír a costa del intruso.

—¿Tenía yo necesidad de esto? —murmuró aquél para su coleto.

Pero el vaquero siguió tranquilamente preguntando:

—Querida señora, ¿no sabe usted cómo se llamaba el vaquero fugado?

—¿Si lo sé? Naturalmente. Pero en este momento no lo recuerdo. Sin embargo, tengo su nombre en la punta de la lengua. Como que le conozco como a mi mismo hijo.

—¿No se llamaba Paco Lacza?

—¡Sí, sí! ¡Paco Lacza! Me ha cogido usted el nombre de los labios. ¿Acaso lo conocía usted también?

Ni aun siquiera entonces se descubrió el mozo. Ni siquiera dijo que lo conocía también como al único hijo de su padre; vació silenciosamente su pipa; luego la volvió a llenar de tabaco fresco; se levantó después; apoyó el palo contra la silla de paja, como para indicar que aquella silla estaba ocupada, para que no se sentase en ella otro; luego encendió la pipa en la única vela que alumbraba la sala y salió.

Los que en la sala estaban hicieron comentarios acerca de él.

—Debe tener sobre su corazón un gran peso.

—Su mirada no me agrada del todo.

—Ese debe saber algo del crimen.

El chalán judío se dejó seducir de nuevo por la idea de emitir su opinión.

—Mis estimados señores y señoras: solamente quiero permitirme hacer una observación: la de que ayer estaba yo en la puszta de Ohát para comprar unos caballos, y allí he visto al envenenado Alejandro Décsi, que está tan sano como una roja manzana. Ha hecho salir con su lazo, y para que yo los viese, los potros; esto es tan cierto como que yo vivo.

—¡Oh, qué impertinente, un cualquiera! ¡Quiere decir que todos nosotros somos unos embusteros! —exclamó indignada la reunión. Al instante lo trincaron por el cuello y lo echaron fuera.

El chalán, arrojado fuera sin la menor ceremonia, se alzó jurando, y mientras arreglaba su sombrero arrugado, se dijo: "Bueno; ¿qué necesidad tenía yo de todo esto? ¿Qué obligación tenemos los judíos de decir la verdad?"

El vaquero se fue hacia el ganado y trató de hacer comprender a los vaqueros moravos que podían ir a la sala para tomar allí un vaso de vino. Allí estaba su silla para que ellos la ocupasen y su palo; mientras, él guardaría las vacas.

Y mientras las guardaba, alzó del suelo un pedazo de excremento de vaca y lo dejó deslizarse dentro de la manga de su szür.

¿Qué era lo que con aquello quería hacer?

VIII

Es una suerte el que, fuera de los habitantes de Hortobágy, nadie sepa lo que es la "turba volante" que recogen allí en las praderas. Lo que es cierto es que no es un clavel. Es la única materia combustible usada por los pastores de la puszta, una especie de turba animal.

Universalmente conocida es la anécdota del terrateniente húngaro que después de la revolución creyó prudente pasar una temporada en el extranjero, escogiendo como refugio la libre Suiza. Pero el hijo de la llanura húngara no podía habituarse a las rocas. Entonces, todas las noches, cuando se retiraba a su cuarto, cogía un trozo de la "turba volante" que había recogido en los prados, lo colocaba sobre la repisa de la chimenea y lo encendía. Después cerraba los ojos, y el aroma de aquel producto animal humeante lo llevaba con la imaginación a las llanuras húngaras, entre los rebaños de corderos y animales de cuernos, agregando a su sueño todo aquello que su alma anhelaba.

Luego si el humo de esa "turba volante" aturdía de tal modo a gentes distinguidas. ¿cómo no creer la historia que al momento voy a contar?

Los viajeros debían esperar en el vado de Polgár dos días enteros todavía. Al cabo, hacia la media noche del tercer día, el balsero, a quien se le había acabado la paciencia al mismo tiempo que los víveres, regocijó a los que esperaban comunicándoles la noticia de que las aguas iban bajando. A la mañana siguiente, al salir el sol, la travesía sería ya posible; la almadía estaba ya colocada en el río y dispuesta para cruzarlo.

Los que esperaban con sus coches no vacilaron un solo momento en irlos transportando sobre la balsa, uno tras otro. Después entraron los caballos, y a continuación les llegó su vez a los animales bovinos, los cuales también tenían sitio, aunque hubieran de apretarse fuertemente. Pero, ¿qué se iba a hacer? Si fuesen al teatro, aun se tendrían que apretar más.

Por fin se trasladó a la balsa el toro, al que todos tenían miedo. Ya no faltaba más que el vaquero y su caballo, pues los dos moravos se hallaban ya sobre la almadía, en medio de las vacas.

Pero la balsa todavía no podía ponerse en movimiento, porque el cable de remolcar estaba tan tieso por causa del agua, que apenas si lo podían coger, despidiendo verdaderas nubes de vapor.

Para que el tiempo no pasase inútilmente, el vaquero propuso que el balsero preparase pescado con pimentón. Por otra parte, aquello era lo único que había para comer. Tenían una cacerola y una enorme cantidad de pescado. Los mozos de la balsa sacaban el pescado de los escondrijos con palas: grandes carpas, barbos, sollos y hasta esturiones. Pronto se les cortó en pedazos, se les limpió y fueron echados en la cacerola. Después se encendió el fuego rápidamente.

Ya estaba hecho. Era cosa entonces de saber quién tenía el pimentón, pues, aunque todo húngaro castizo lo lleva siempre en su alforja, después de tres días era fácil que no tuviese todo el pimentón que hacía falta. Ahora, que sin pimiento rojo no es posible preparar un plato de halázlé.8

—Bueno; tranquilícense ustedes, que yo tengo pimiento rojo —dijo el vaquero; y sacó de la manga de su szür una cajita de madera.

Aquello probaba su circunspección, pues había guardado pimentón hasta para el último momento. De este modo toda la gente iba a ser auxiliada.

Pero la cacerola se encontraba al otro extremo de la almadía, con lo que el vaquero hubo de atravesar por el borde toda la balsa, ya que el ganado se encontraba en el centro, y a nadie le gusta abandonar de su mano la caja del pimentón.

Mientras el balsero espolvoreaba sus pescados con aquel pimentón —del que ya Oken había dicho que era un veneno, pero que algunos pueblos salvajes suelen, sin embargo, comerlo—, el vaquero dejó caer, sin que lo viesen, un trozo de "turba volante" en el fuego.

—¡Caramba, qué olor más desagradable tiene ese halázlé! —hizo notar pronto el zapatero.

—Ya no es olor desagradable, sino podredumbre —le corrigió el botonero.

Pero el humo espeso y fuerte empezó a meterse por las narices de los animales, siendo el toro el primero que comenzó a agitarse, dando muestras de inquietud. Alzó su nariz en el aire, sacudió el cencerro y dejó escapar un mugido; después bajó la cabeza hasta el suelo, agitó la cola en forma de círculos y se puso a mugir con un tono amenazador. Entonces se les subió también a las vacas la sangre a la cabeza; comenzaron a frotarse unas con otras, agitándose en todas direcciones; mugieron, se encabritaron, prensándose, hacia el borde de la almadía.

—¡Jesús, María y santa Ana! —exclamó la gorda jabonera—. ¡Ten clemencia con la balsa!

—Buena mujer, siéntese usted en seguida al otro lado de la almadía, para restablecer el equilibrio —dijo el zapatero, bromeando.

Pero, bromas aparte, todos los hombres tenían que agarrarse con fuerza al cable para mantener el equilibrio, mientras el borde opuesto de la balsa se sumergía ya.

De pronto, el toro lanzó un mugido terrible, y saltó al río. A los pocos momentos, las veinticuatro vacas le habían seguido.

En aquel momento la balsa se hallaba en medio del río. Los cornudos animales nadaban hacia la orilla de donde habían partido.

Los dos vaqueros moravos le gritaban al balsero desesperados:

—¡Volved, volved!

Querían que con la balsa persiguiese a las bestias.

—¡Qué diablo! ¡Volver! —gritaron las gentes de la feria—. ¡Es preciso que lleguemos pronto a la otra orilla! ¡Ya llegaremos tarde al mercado!

—Pero no hagáis ruido, hijos míos— dijo el vaquero flemáticamente a sus camaradas moravos, tranquilizándoles—. Yo arreglaré todo esto con esos inteligentes animales.

Saltó sobre su caballo, lo llevó hasta el borde de la almadía, le clavó las espuelas, y por encima de la barandilla le hizo arrojarse al río.

—El vaquero las reunirá, no tengáis cuidado —dijo el zapatero, tratando de consolar a los desesperados moravos.

Pero el chalán que había permanecido en la otra orilla porque ya no había sitio en la balsa para sus caballos, y no quería mezclarlos con los animales de cuernos, era de otra opinión. Por eso gritó a los moravos:

—¡Ya no volveréis a ver ese ganado! ¡Ya os podéis despedir de él!

—¡Otra vez ese pájaro de mal agüero! —exclamó furioso el zapatero—. ¿Dónde hay un jamón para que yo fusile con él a ese judío?

El ganado, que nadaba oblicuamente, llegó a la otra orilla, en un sitio donde estaba más accesible, y los animales salieron a tierra. El vaquero se quedó algo atrás, porque en el agua el ganado vacuno nada más de prisa que los caballos.

Pero al fin también él llegó a la orilla, empuñó el látigo, que se había echado al cuello, y lo hizo restallar.

—¿Ven ustedes? Ya los empuja —dijeron las gentes de la feria a los moravos, consolándoles.

Pero el sonido del látigo no produce más que un efecto sobre las vacas, y es que las hace andar más de prisa todavía.

Este improvisado artificio de los animales dio motivo a los viajeros para cambiar de opinión. Los balseros aseguraron que no era aquél el primer caso. Los pobres animales, cuando los conducen desde la llanura de Hortobágy al extranjero, a menudo los apodera una profunda nostalgia, de manera que en el momento en que la balsa comienza a agitarse, se vuelven tercos, saltan al río, alcanzan la otra orilla y emprenden una loca carrera de vuelta a la puszta.

—Sí, sí; también los hombres suelen sentir esa nostalgia de la patria —afirmó el tendero, que tenía lejos muchos libros y por sus lecturas estaba enterado de dicho mal.

—Naturalmente —dijo la jabonera con voz doctoral— las vacas se han vuelto a sus pastos porque han dejado allí sus terneros. La culpa es de quien separa a las madres de los hijos.

—Bien está; pero yo, por mi parte, veo la cosa de otro modo muy distinto —dijo el zapatero, cuyo oficio le hacía escéptico—. He oído muchas veces que los agudos bandoleros, cuando quieren poner confusión en un ganado, echan en su pipa un poco de sebo del empleado para engrasar los coches. Con ese olor los animales se vuelven salvajes y empiezan a correr en todas las direcciones, de manera que el bandolero puede entonces robar fácilmente un animal del ganado. Hace poco he sentido un olor semejante.

—¿Y no le ha hecho a usted correr, compadre?

Todos se echaron a reír.

—¡Aguarda un poco, tunante, a que lleguemos a la orilla!...

Pero aquella hazaña improvisada de las bestias no era del todo del gusto de los vaqueros moravos. No tenían ganas de reír ni de entrar en discusiones zoológicas, sino que empezaron a lamentarse como si fuesen gitanos que hubieran perdido todos sus bienes.

El viejo balsero hablaba un poco el eslovaco y se puso a consolarlos.

—No ladréis, compadres. Nestekat. El vaquero no ha robado las bestias. Es un hombre honrado... Ya habéis visto en su sombrero las dos letras: "C. D.". No creo que quieran decir "Cabeza Delincuente", sino "Ciudad Debrecen". No puede, pues, escaparse con los animales. De aquí a que estemos de vuelta habrá reunido a todos ellos. Lleva consigo su perro de guarda, que ha nadado tras él hasta la otra orilla. Cuando volvamos a cruzar con el ganado sobre la balsa habrá que atar las vacas unas con otras, en grupos de tres, y sujetar por los cuernos al toro en esta argolla. Entonces todo estará en orden, no quedando más que pagar otra vez el transporte.

Más de hora y media costó el que la almadía llegase a la otra orilla, que se desembarcase todo y se volviese al punto de donde habían salido.

Los moravos se precipitaron hacia la casa del balsero, pero allí no había rastro alguno de las vacas.

El chalán les dijo que el ganado, espantado, había entrado en un bosquecillo de ginesta, entrando también el vaquero; pero que en seguida habían desaparecido todos por las praderas.

Los animales no marchaban a lo largo de la carreta, sino en la dirección del viento, con los cuernos inclinados hacia el suelo y la cola en alto.

Un ollero retrasado, que llegaba de Ujváros con su coche lleno de mercancía, dijo que había visto en un sitio de Hortobágy un ganado vacuno que corría mugiendo hacia las colinas de Zám, y que un vaquero a caballo y con un perro los seguía. El agua del arroyo Hortobágy les había cortado el camino; pero se habían metido en ella, y a causa de las espesas cañas no se pudo ya distinguir ni a las bestias, ni al jinete, ni al perro.

Entonces el balsero se volvió a los moravos y les dijo:

—Ahora ya podéis ladrar, hijos míos.

IX

La llanura de Ohát es el lugar de los pastos de la yeguada comunal. Hasta allí donde alcanza la mirada no se ven sobre la inmensa pradera más que caballos que pastan. Se ven allí representados todos los pelos, y únicamente la riqueza de la lengua húngara puede expresarlos todos: caballos blancos, grises, castaños, negros, alazanes, tordos, bayos, caretos, rodados, etc., lo que suele ser raro entre los potros... Por causa de aquella confusión de colores se la conocía con el nombre de yeguada abigarrada. La yeguada noble era otra cosa muy distinta, pues en ella no había más que caballos de la misma clase y del mismo color.

Todos los dueños de caballos de Debrecen tenían allí sus yeguas, no encerrándolas en establos ni en verano ni en invierno; el inspector general no da cuenta del número de ellas más que una vez al año. Allí crecían los caballos, que corrían maravillosamente sobre la arena, viniendo desde muy lejos a correr allí, pues no todos los caballos saben hacer otro tanto; los caballos de las montañas se rinden fatigados si tienen que correr por los caminos de la vasta llanura húngara.

Los caballos, solos o en grupos, rodean al caballo que los guía, y no dejan de pastar, porque los caballos están siempre rumiando. Los sabios dicen que Júpiter, cuando creó a Minerva, maldijo al caballo para que siempre esté comiendo sin decir nunca "basta".

Cuatro o cinco muchachos, excelentes caballistas, guardan aquellos millares de caballos, haciendo venir a los que se separan con el sonar de la fusta.

Todo está allí dispuesto, como en los pastos del ganado vacuno, sólo que no hay "turba volante", ni carretillero, ni perros; porque los caballos son demasiado impetuosos para que puedan soportar los perros alrededor suyo, y los aplastarían con sus patas.

Hacia el mediodía, los caballos, dispersos, se agrupan en torno a un gran pozo.

De la parte hacia donde cae el puente de Hortobágy se aproximan crujiendo dos carros.

El jefe de los potreros, un hombre rechoncho, musculoso y huesudo, coloca ambas manos sobre los ojos para preservarlos del sol, y reconoce ya desde lejos por sus caballos a las personas que llegan.

—Uno de ellos es el señor Miguel Kádár, y el otro el Pelícano, el chalán. Cuando estaba mirando mi calendario pensaba en que estos dos nos honrarían con su visita.

—¿También eso está en el calendario? —preguntó Alejandro irónicamente.

—Naturalmente. En el calendario del viejo Csáthy está todo. Por algo ha podido hacerse una posada con el producto de la venta de sus calendarios. El domingo hay feria de caballos en Onód, y es preciso que el Pelícano lleve allí sus caballos.

Su astronomía del potrero estaba en lo cierto. Aquellos señores venían para comprar y vender caballos. El señor Kádár venía como vendedor y el Pelícano como comprador.

Bajaron del carromato, se aproximaron a la morada de los potreros y saludaron al jefe, estrechando su mano, después de lo cual éste dio sus órdenes y ellos marcharon hacia la yeguada.

Los potreros, excelentes caballistas, empujaron los caballos ante los recién venidos, con sólo el sonido del látigo; cerca de doscientos potros fogosos, que no habían sido tocados por ninguna mano humana.

Mientras los potreros hacían desfilar la yeguada, en largas hileras, ante los conocedores, el chalán indicaba un caballo alazán, diciendo:

—Quisiera llevarme ése.

Entonces Alejandro Décsi se quitó rápidamente su szür y su dolmán, cogió el lazo arrollado y se aproximó a la yeguada, que galopaba ante ellos. Con la velocidad del rayo lanzó el largo lazo sobre el potro señalado, y la lazada cayó con matemática precisión sobre el cuello del caballo, y se acercó. Los demás caballos continuaron su galope relinchando, y el cogido se detuvo. Se encabritó, pataleó, se respingó, sacudió las patas; pero todo fue en vano. El mozo lo tenía sujeto por el lazo, tan fuertemente como si fuese de bronce. Las anchas y flotantes mangas de su camisa caían hacia atrás, dejando libres sus musculosos brazos. Era como una estatua griega o romana de conductor de carros en el circo o de domador de fieras. Entonces, retorciendo lentamente el lazo de una mano a otra, atrajo al animal hasta cerca de él, a pesar de toda la resistencia que aquél oponía. Los ojos del indomable animal querían escaparse de sus órbitas, las aletas de su nariz se hinchaban de una manera enfermiza, y la respiración brotaba silbante de su pecho. Pero entonces el potrero puso acariciador su brazo sobre la nuca del animal, le murmuró en voz baja algo al oído y le quitó el lazo, con lo cual el animal se transformó en manso, como si fuese un cordero. Se dejó poner tranquilamente la cabezada, y fue inmediatamente atado al carromato del chalán, el cual no dejó de dar a su víctima un trozo de pan salado.

Aquella demostración de fuerza se repitió por tres veces, sin que Alejandro errase el golpe nunca. Únicamente a la cuarta vez ocurrió que la lazada estaba demasiado floja, y le cayó al potro hasta el pecho, de manera que el animal, como no se sentía estrangulado, no capituló tan fácilmente como los otros. Comenzó a encabritarse, a tirar coces, y arrastró consigo al potrero un buen trozo de camino; pero al fin logró, sin embargo, adueñarse del potro, llevando el caballo ya domado hasta donde se hallaba el chalán.

—Es mucho más divertido que una partida de carambolas en El Buey Rojo —dijo el Pelícano al señor Kádár.

—Cuando uno no tiene otra cosa que hacer —respondió flemáticamente el honorable burgués.

Pero el chalán sacó su petaca y ofreció un cigarro al potrero. Éste aceptó, lo encendió y lanzó al aire el azulado humo.

Los cuatro caballos fueron distribuidos de manera que dos fueron atados detrás del carromato, uno cerca del caballo que iba entre varas, y el cuarto junto al caballo delantero.

—Amigo, es usted un hombre admirable —dijo el Pelícano, encendiendo un cigarro en el de Alejandro.

—¡Y si no hubiese estado enfermo!... —murmuró el anciano jefe de los potreros.

—¡No he estado enfermo! —dijo el potrero, ponderando su mérito y echando hacia atrás la cabeza con altivez.

—Entonces, ¿dónde diablos has estado? ¿Seguro que no has dormido tres días en el hospital de Mátra?

—No, no he estado allí. El hospital de Mátra es un hospital para caballos.

—Entonces, ¿qué es lo que has hecho?

—He estado borracho.

El anciano jefe retorció sonriendo sus bigotes, y murmuró con una cólera afectuosa:

—Así son estos tunantes. Por nada del mundo confesarían que han estado enfermos. ¡Por nada del mundo!

Entonces vino el momento de pagar.

El precio de los cuatro potros había quedado fijado, después de largo regateo, en ochocientos florines.

El Pelícano sacó del bolsillo de su chaqueta un papel de lija, plegado en varios dobleces. Aquélla era su cartera.

Después fue sacando una serie interminable de papeles, entre los que no había un solo billete de banco; únicamente letras de cambio, escritas y en blanco.

—Nunca llevo dinero encima —dijo el Pelícano—. Las letras de cambio no me las pueden robar, porque el ladrón se denunciaría a sí mismo. Pago siempre con estos papeles.

—Y yo los acepto —confirmó el señor Kádár— la firma del señor Pelícano vale tanto como el dinero al contado.

El señor Pelícano llevaba también encima recado de escribir. En el bolsillo del pantalón llevaba el tintero, asegurado con tornillos, y en la bota de montar la pluma de ave.

—Al instante tendremos también una mesa para escribir. Hágame usted el favor, estimado potrero, de acercarnos su caballo.

La silla del caballo era un sitio muy a propósito para extender una letra de cambio. Mientras, el potrero le miraba atentamente.

Pero no sólo el potrero, sino que también los caballos estaban mirando lo que hacía. Los mismos potros salvajes, a los que acababan de arrebatarles cuatro de sus camaradas, rodeaban al pequeño grupo con la curiosidad de las vacas y sin demostrar el menor miedo.

Un caballo blanco colocó confidencialmente su cabeza sobre el hombro del chalán. Naturalmente, ninguno de ellos había visto en toda su vida cómo se extendía una letra de cambio.

Y es muy probable que todos los caballos dieran su tácito asentimiento cuando Alejandro Décsi preguntó de repente:

—¿Por qué ha escrito el señor sobre ese papel ochocientos doce florines, si los caballos no valen más que ochocientos?

—Lo he hecho así, estimado señor potrero, porque tengo la obligación de pagar los caballos al contado. Si ahora el señor Kádár pone su nombre en el dorso de esta letra de cambio, se convierte en endosante, y entonces puede presentar mañana mismo su letra en el caja de ahorros. Allí le pagarán los ochocientos florines y se quedarán los doce florines y diez y ocho krajcár en calidad de intereses. Con eso yo no pago el dinero hasta dentro de tres meses, y hasta entonces lo empleo.

—¿Y si el señor Pelicano no paga a la caja de ahorros?

—Entonces le piden el dinero al señor Kádár. Por eso lo que yo tengo es crédito.

—Ahora ya lo comprendo. Para eso sirve, pues, una letra de cambio.

—¿No había usted visto nunca una letra de cambio, estimado potrero?

—¡Un potrero... una letra de cambio!

—¿Por qué no? Vuestro estimado compañero, Paco Lacza, aun no siendo más que un vaquero, es un caballero distinto. Ése ya sabe lo que es una letra de cambio. Precisamente llevo encima una suya; ¿quiere usted verla?

Y buscó entre el montón de papeles una letra de cambio completamente nueva, y se la dio a Alejandro.

La letra de cambio era de diez florines.

El potrero interrogó sorprendido.

—¿Y cómo ha conocido usted al vaquero? Que yo sepa, el señor no se dedica a vender vacas.

—Yo no tengo el gusto de conocerle, sino mi mujer. Ya deben ustedes saber que mi mujer tiene una tiendecita de platería, que corre por su cuenta; yo no me ocupo de ella. Hace algunos meses, ese Paco Lacza fue a casa de mi mujer y le llevó un par de pendientes para que los hiciese dorar.

Alejandro tembló todo, como si le acabara de picar una tarántula.

—¿Unos pendientes de plata?

—Sí, muy bonitos por cierto, de filigrana. Mi mujer pidió por aquello diez florines. En efecto, los hizo dorar y se los llevó consigo; pero como no tenía dinero, dejó una letra de cambio, prometiendo que pagaría el día de san Demetrio.

—¿Es esa letra de cambio?

Miraba tan fijamente a la letra, que los ojos querían salírsele de las órbitas, y hasta los lóbulos de sus orejas temblaban; un gesto extraño desfiguraba sus facciones, de suerte que habría podido creerse que se reía, mientras la letra temblaba entre sus manos. No la abandonó ya; con tal fuerza la retenía.

—Si tanto os agrada esa letra de cambio, os la doy como propina —dijo el señor Pelícano en un acceso de magnanimidad.

—Pero, señor, es demasiado dinero para una propina. ¡Diez florines!

—Cierto que diez florines son mucho dinero, y no soy yo tan loco que piense en tirar diez florines cada vez que compro caballos. Pero he de confesar sinceramente que me gustaría desprenderme de esa letra, como el zapatero del cuento quería quitarse de encima su viña.

—¿Por qué? ¿Hay alguna trampa en esta letra de cambio?

—No, no hay trampa alguna. Al contrario, mis derechos son demasiado extensos. Mire, voy a explicárselo. Aquí, donde dice "Señor Francisco Lacza", está impreso en la segunda línea "domiciliado en..." Había que escribir en los dos sitios "Debrecen". Pero mi mujer, una gansa estúpida, escribió "Hortobágy". Naturalmente, es verdad que el tal Paco Lacza habita en la llanura de Hortobágy. Si mi mujer hubiese escrito por la menos "pagadera en la posada de Hortobágy", sabría yo dónde ir a cobrar; pero ¿cómo quiere usted que me pasee yo con la letra en la mano por todo el Hortobágy, desde allí a la puszta de Zám, desde ésta a los pastos, y de allí Dios sabe todavía adónde, exponiéndome a que los perros me desgarren mis ropas? ¡Dios, y cuántas veces tengo reñido con mi mujer por esto! Así, al menos, podré decirle que me he quitado la letra de encima con un beneficio de ciento por ciento, y ya no reñiremos más por tal motivo. Y usted podrá cobrar los diez florines, usted que no ha de tener miedo a los perros ni al mismo Paco Lacza.

—Gracias, señor, muchas gracias.

Y el potrero dobló cuidadosamente el papel y se lo metió en el bolsillo.

—El mozo agradece mucho esa propina —murmuró el señor Kádár al oído del jefe—. La magnanimidad tiene intereses.

El señor Kádár era un gran lector de periódicos, y hasta estaba suscrito al Diario del Domingo y a las Novelas Políticas, por cuya razón empleaba frases tan escogidas.

—Su alegría tiene otro motivo —murmuró el jefe de mal humor—. Alejandro sabe muy bien que Paco Lacza se ha marchado de aquí, se ha ido a Moravia; ya no lo verá más, lo mismo que a sus diez florines. Pero está satisfecho por haberse enterado por fin del asunto de los pendientes. En esa cuestión hay oculta una mujer.

El señor Kádár se llevó a sus labios la cabeza de pájaro que figuraba como puño de su bastón.

—¡Ah! Eso cambia la lógica de los hechos.

—Porque debe saber usted, señor, que ese mozo es mi ahijado. Quiero mucho a ese muchacho. Nadie sabe tratar como él a los caballos. Por eso he hecho cuanto he podido para librarle del servicio militar. Y el otro, el Paco Lacza, es el ahijado de mi compadre, el jefe de los vaqueros. También es un buen muchacho. Los dos mozos serían los mejores amigos del mundo, si el diablo, o qué sé yo quién, no hubiera interpuesto entre ellos esa muchacha del rostro pálido. Ahora, por culpa de la muchacha, quisieran romperse la cabeza. Felizmente, mi compadre ha tenido una idea astuta: la de enviar a Paco a Moravia como vaquero en casa de un conde. Ahora tendremos otra vez paz en el Hortobágy.

—En efecto, ha sido el mejor huevo de Colón para salir del laberinto de Ariadna.

Alejandro descubrió que estaban hablando de él, y como no entra en el carácter de un húngaro el ponerse a escuchar lo que otros hablan, llevó sus caballos al abrevadero, donde se habían reunido al resto de la yeguada. Había allí bastante que hacer. Cinco potreros, tres

cigoñales y mil caballos. Cada potrero debía sacar agua doscientas veces, llenar el cubo y echar el agua en el dornajo. Era un entretenimiento cotidiano, que se repetía tres veces al día. No podían, pues, quejarse de no hacer bastante movimiento.

Pero en Alejandro no se vio fatiga alguna. Estaba de un humor tan loco que daba gusto verle. Cantaba y silbaba durante todo el día. El eco de la puszta repetía su canción preferida:

Bien se ve que no estoy malo
pues con seis caballos troto.
Son animales magníficos.
Y hasta yo soy un buen mozo.

De él aprendió la copla un potrero, luego otro, después otro, hasta que por toda la puszta resonaba la misma copla. Todavía al día siguiente continuó desde la mañana a la noche de un humor tan magnífico que los demás hubieron de decir: "Está de tan buen humor como si fuese su último día."

Después de la puesta del sol, los caballos fueron conducidos a su cuartel nocturno, donde permanecieron hasta el día siguiente por la mañana.

Durante aquel tiempo, el mozo pastor trajo del vecino cañaveral una gran cantidad de troncos de cañas para encender el fuego nocturno. En la llama de la caña se cuece igualmente la comida de los potreros. Entre ellos no se trata nunca de cerdos o corderos robados, porque los rebaños de los tocinos y los de los corderos pastan en la otra orilla del arroyo Hortobágy, y el potrero tendría que hacer una caminata de todo un día para hallar un tocino o un cordero extraviado. La mujer del jefe es la que les hace la comida en la ciudad, de manera que con aquello les baste para toda la semana, y se compone de platos que hasta los señores elegantes podrían comer de ellos. Sopa agria de trigo, potaje de segadores, coles rellenas, bolas de cerdo y rellenos de tocino. Los cinco potreros comían al mismo tiempo, sin olvidarse nunca del criado.

La yeguada, después de la puesta del sol, no hace como el ganado vacuno, que, después de beber, se acuestan en seguida y rumian. ¡Oh, no; el caballo no es un filósofo! Continúa pastando mientras la luna sigue luciendo.

Pero Alejandro estaba aquella noche de tan excelente humor que sorprendió a sus camaradas.

Se sentó cerca del fuego y preguntó al jefe:

—Dígame, querido padrino: ¿cómo es que el caballo puede estar comiendo durante todo el día, y no cesa tampoco durante la noche? Aunque toda la puszta estuviese llena de buñuelos, yo no desearía tener que estar llenando mi estómago durante todo el día.

El viejo arrojó un nuevo haz de cañas al fuego, que comenzaba a apagarse, y dijo:

—Ya os lo voy a contar; pero no os riáis de mí, pues es una historia muy vieja, todavía de los tiempos en que los estudiantes llevaban sombreros de tres picos. Esta historia se la oí contar a un chupatintas, y si no es cierta, su alma habrá de responder por ello... Pues érase una

vez que vivía un célebre santo, al que llamaban san Martín; todavía sigue viviendo; pero ya no viene más por el Hortobágy. De que era un santo húngaro no puede cabernos la menor duda, pues es de saber que iba siempre a caballo. Por el mismo tiempo vivía por aquí un rey llamado Ménmarót.9 Y se le daba semejante nombre porque había logrado apoderarse astutamente del caballo de san Martín, sobre el cual el santo había recorrido el mundo. Ménmarót invitó al santo a su casa e hizo llevar su caballo a la cuadra. Pero a la mañana siguiente, muy temprano, queriendo san Martín continuar su camino, le dijo al rey: "Apareja mi caballo, para que pueda seguir mi camino." Pero el rey le respondió: "Ahora es imposible, porque el caballo está comiendo." San Martín esperó hasta el mediodía, y entonces pidió nuevamente su caballo. Pero el rey respondió: "El caballo no puede ponerse en camino porque está todavía comiendo." El santo esperó hasta la noche, y entonces volvió de nuevo a pedir su caballo. El rey le respondió: "Realmente, es imposible, porque el caballo come aún." Entonces el santo se puso muy furioso, arrojó su librito de oraciones al suelo y maldijo al rey y a su caballo. "Deseo que el nombre 'men' se vea unido eternamente a tu nombre, de manera que siempre los pronuncien juntos. Y que el caballo se vea condenado a estar comiendo siempre, sin tener nunca bastante." Por esto es por lo que el caballo se hincha durante todo el día, sin llegar a saciarse. Así es como me lo contaron. Aquél que no lo crea, que se vaya al monte de diamante, y allí encontrará un caballo ciego; se le puede preguntar, pues el caballo ciego lo sabrá seguramente mejor que yo, pues él lo vio.

Los potreros dieron gracias al viejo por haberles contado aquel cuento. Después, cada cual se dio prisa para ir en busca de su caballo y alcanzar su yeguada bajo la silenciosa noche estrellada.

X

Era un magnífico atardecer de primavera; los encendidos resplandores del crepúsculo apenas si querían desaparecer del cielo, y cuando llegó la noche se envolvió, a pesar suyo, con los crespones de la niebla, que se extendía a lo largo del horizonte.

La hoz del novilunio se alzó sobre las colinas de Zám, y por encima de ellas brillaba a lo lejos la estrella de los enamorados, el lucero de la noche, que sale pronto y se pone pronto también.

El potrero, después de haber buscado durante largo rato, acabó por escoger para cuartel nocturno un lugar bastante alejado de la yeguada; le quitó la silla a su caballo, la manta y las bridas, las colgó de su garrote, clavado en tierra, puso luego la silla sobre la manta, a manera de cabezal, empleando su szür para taparse.

Pero antes partió en trozos pequeños el pan que le quedaba de la cena y se lo dio a comer a su caballo.

—Bueno, chiquitín; ahora ya puedes ir tú también a pasear. Como estás siempre con la silla puesta, no puedes hacerlo durante todo el día, como los demás caballos. Y aun quisieran los señores que, después de haber estado montado sobre ti durante todo el día, te enganchase a

la noria para sacar agua del pozo. Ya pueden esperar sentados; se figurarán ésos que el caballo es un perro como el hombre.

Después le limpió cuidadosamente los ojos a su favorito con la manga de su camisa.

—Bueno; ahora vete y busca buena hierba gorda; pero no te vayas muy lejos, y cuando la luna y esa estrella que brillan ahora dejen de brillar vuelves aquí. Ya ves, ni siquiera te ato al ramal de la cabezada, como hacen los vaqueros, ni te pongo cadenas en las patas, como los campesinos. Basta con que te diga: "¡Hola, caballito!", y entonces vuelves corriendo. El caballo le comprendió. Apenas se vio en libertad de la silla y de las bridas, se encabritó, alzándose de manos; después se revolcó alegremente por el suelo, echando al aire las cuatro patas; pero con la misma rapidez saltó sobre ellas, se sacudió, lanzó un relincho alegre y se lanzó al galope por la llanura cubierta de hierba, sacudiendo con su larga cola poblada los importunos mosquitos.

El potrero se tendió cómodamente sobre la mullida alfombra de hierba.

¡Qué sitio tan maravilloso! Tenía como cabezal toda la llanura infinita, y como pabellón, el estrellado firmamento.

Era ya tarde, mas la tierra, semejante a un niño testarudo, no quería dormirse. Por otra parte, no podría llegar a hacerlo, porque sobre la llanura corre el estrépito de un resonar variado y leve. Déjanse oír sonidos profundamente misteriosos. Verdad es que el sonido de las campanas del lugar no llega hasta la llanura, y que también el ladrar de los perros que guardan los apartados rebaños se extingue y muere en la lejanía. Pero en los cercanos cañaverales el alcaraván chilla como un alma en pena, el ruiseñor de los aguazales y el gorrión de los cañaverales cantan, y millares de ranas forman un coro con su croar discordante; óyese con todo esto el monótono chapalear de la rueda del molino. Muy alto, en el aire, retumba melancólicamente una queja, un adiós levemente tembloroso; bandadas de grullas y de patos silvestres vuelan por encima de la puszta, tan altos que apenas si la vista humana puede distinguirlos. Aquí y allá, enjambres de mosquitos, en gran número, dan vueltas por el aire durante minutos; el zumbido de estos millones de mosquitos suena como una música de espectros. Y a toda esta mezcla de sonidos júntase, a veces, un largo relincho.

¡Pobre potrero, qué bien has dormido siempre! Apenas ponías la cabeza sobre la silla, ya estabas dormido. Pero ahora miras fijamente el cielo, azul obscuro, e interrogas a las estrellas, cuyos nombres te ha hecho conocer tu anciano padrino. Allá, en lo más alto, en medio del cielo, está "el gran balsero", que jamás se mueve de su sitio; aquella otra estrella doble son "los gemelos del pastor", y aquella otra que luce siempre con color distinto es "el ojo de la huérfana"; aquella brillante estrella es "el segador"; pero todavía luce más claramente "la luz del vagabundo". Aquel otro grupo está formado por "el lucero de los tres Reyes Magos"; más allá brilla un grupo de siete estrellas, "el carro de Göncöl", y aquella otra estrella que ahora va a salir debajo de la profunda niebla es "la ventanita del cielo".

Mas, ¿para qué le sirve mirar a las estrellas, si no puede hablarles? Un gran peso tiene sobre su corazón, y su alma sangra por una profunda y dolorosa herida. Quizá si su gran dolor pudiera derramarse, si pudiese contar a alguien su profunda pena, le sería mucho más fácil soportarla. Pero la llanura está tan solitaria como es de ancha y extensa.

Al fin ha palidecido también la estrella clara y se ha puesto la luna; el caballo ha terminado de mordisquear la hierba y vuelve hacia donde está su amo. Se aproxima a él levemente, cual si temiera despertarle, y alarga su cuello y humilla la cabeza para averiguar si duerme.

—Acércate, mi fiel caballo, que no duermo todavía. Entonces el caballo comienza alegremente a relinchar, y acaba por tenderse junto a él sobre la hierba.

Pero el potrero se alza a medias y pone su cabeza sobre la palma de la mano, apoyando el codo en el suelo.

Ya tenía alguien con quién hablar: un animal que tiene un alma.

—¡Ves tú, fiel amigo; ves tú! Así es como son las mujeres; por fuera de oro, y por dentro de plata. Hasta cuando dicen la verdad, la mitad de lo que dicen es mentira, y cuando mienten, la mitad es verdad... Nadie puede llegar a conocerlas... Ya sabes cómo yo he querido a esa muchacha... ¡Pobre animalito mío, cuántas veces te he clavado las espuelas en los ijares, hasta hacerte brotar sangre, para que me llevases más de prisa a su casa!... ¡Cuántas veces te he dejado a la puerta de su casa, sobre el barro y bajo la nieve, lo mismo si hacía un frío terrible que si quemaba el sol, pobre y fiel amigo! Ya no pensaba en ti; sólo en ella, a la que amaba locamente.

El caballo, silenciosamente, se ríe por dentro. Ya estaba enterado de todo. Sí, así fue, es verdad.

—También sabes lo mucho que me ha querido... Te ponía detrás de las orejas sus flores más lindas, te trenzaba en las crines cintas de diversos colores y te daba a comer sobre la palma de su mano ricos pasteles... ¡Cuántas veces me ha arrancado de la silla con un tierno abrazo, y cuántas veces también te echó sus brazos al cuello, para retenerme por más tiempo en su casa!

Ante aquella palabras, el caballo murmuró en voz baja: "Así fue, es verdad."

—Hasta el día en que ese maldito canalla se deslizó en su corazón, y me robó la mitad. ¡Si por lo menos lo hubiese cogido entero y se lo hubiera guardado para él solo! ¡Si se hubiera ido lejos con ella! Pero ¿por qué la ha dejado aquí, mitad para una celestial dicha y otra mitad para un infernal sufrimiento?

El caballo puso su acariciadora cabeza sobre las rodillas de su amo, como si quisiera consolarle.

Y el potrero murmuró ante él, como si estuviese soñando:

Dios justiciero castigue a quien de él se olvidó, y le haga sentir su ira si a otro su novia quitó.

Dios justiciero castigue

a quien de él se olvidó,
y le haga sentir su ira
si a otro su novia quitó.

—Porque si soy yo quien ha de castigarle, sé muy bien que su madre tendrá que llorar por él.

El caballo golpeó furiosamente el suelo con su cola, cual si la cólera de su amo se hubiera traspasado al inteligente animal.

—Pero ¿cómo podré yo castigarlo, si ya ha cruzado los ríos y las montañas? Porque tú, caballito mío, no eres uno de esos caballos de los cuentos de hadas, para que pudieses llevarme por encima de los montes. Tú permaneces a mi lado con mi gran dolor.

Naturalmente, el inteligente caballo no podía remediar aquello. Demostró su resignación tendiéndose por tierra y apoyando hasta su cabeza en el suelo.

Pero el potrero no quería dejarlo dormir, porque todavía tenía muchas cosas que comunicarle.

Hizo chascar su lengua, poco más o menos como el ruido de un beso, y aquel ruido despertó al animal.

—No te duermas aún...; tampoco yo duermo. ¡Llegará un día en que tú y yo dormiremos un largo sueño!... ¡Hasta ese día estaremos juntos!... Tu amo no se separará nunca de ti. No, nunca, aunque me ofrecieran un pedazo de oro tan grande como tú... Mi único camarada fiel... ¿Crees que no sé cómo ayudaste al veterinario a levantarme cuando estaba tendido sobre la puszta como una carroña, y cuando ya las águilas hambrientas gritaban por encima de mi cuerpo?... Cogiste con los dientes mis ropas y me levantaste. ¿No es cierto? ¿Te acuerdas? Mi bravo animal... No tengas miedo, ya no cruzaremos nunca el puente de Hortobágy, ni entraremos más en la posada. Juro aquí, delante del cielo estrellado, que no volveré a cruzar nunca, no, jamás, el umbral de la casa donde vive esa pérfida muchacha... Y que no brillen nunca para mí esas estrellas si me olvido de semejante juramento.

Ante tan solemne juramento, el caballo se alzó sobre sus manos y permaneció sentado sobre las patas de atrás, en la misma postura que suelen adoptar los perros.

—No temas nada —continuó diciendo el potrero— no moriremos en esta comarca. No vagabundearemos eternamente por estas praderas. Cuando todavía era yo un chico, vi flotar al viento la hermosa bandera tricolor y cabalgar tras ella a los elegantes húsares... Hube de envidiarlos... Después he visto morir a hermosos soldados por culpa de las heridas que tenían abiertas, y arrastrando por el barro a la bandera tricolor... Estate tranquilo, que siempre no será así... Vendrá un día, cuando vayamos a buscar al granero la vieja bandera, que nosotros, los arrojados y valientes húsares, cabalgaremos detrás de la bandera y romperemos la cabeza a los malditos cosacos. Entonces tú vendrás conmigo, ¿no es verdad, mi valiente caballo?, y seguirás el redoble del tambor para entrar en batalla. Como si oyese sonar el clarín de guerra, el caballo fogoso dio un salto, se puso en pie, pateó la hierba con sus nerviosas patas, sacudió sus largas crines, alzó la cabeza y relinchó claramente en la noche. Y, semejante a los

centinelas que se envían sus alertas, todos los caballos de la vasta llanura respondieron al saludo.

—Allí pondremos fin a nuestro asunto. Allí encontrará su remedio nuestra pena, pero no con lágrimas. No moriré por la copa envenenada de una novia infiel, ni por sus envenenados besos, sino por la espada del enemigo. Y si caigo muerto sobre el campo de batalla, ensangrentado, tú permanecerás junto a mí y me guardarás, hasta que mis compañeros vayan en mi busca para meterme en una tumba de honor.

Y como si quisiera poner a prueba la fidelidad de su caballo, el potrero fingió como si ya estuviese muerto, estirándose sobre el suelo y poniendo rígidos sus brazos. El caballo le miró un rato, y después, viendo que su amo no se movía, se acercó a él, enderezó las orejas y comenzó a empujar sus espaldas; como el potrero no dio señales de vida, comenzó a correr dando vueltas en torno de su amo extendido. Y como tampoco se despertase ante el ruido de su patalear agitado, el caballo se puso delante de él, y con los dientes comenzó a tirar de la hebilla del szür sujeta sobre el cuello del mozo, hasta que su amo dio fin a la broma y echó sus brazos al cuello del inteligente animal.

—Tú eres mi único amigo fiel.

Y el caballo, formalmente, se echó a reír con alegría; descubrió sus encías, como señal de su contento, se puso a bailar y a dar saltos como un pollinito, satisfecho de que todo aquello no hubiera sido más que una broma. Al fin se tiró al suelo, y acabó igualmente por tenderse. Quería pagar a su amo con la misma moneda, fingiendo también que había muerto.

En vano le hablaba el mozo, en vano le chasqueaba con la lengua; el animal no se movía.

Entonces el potrero puso su cabeza sobre el cuello del animal, que estaba suave y caliente como una almohada. El caballo levantó la cabeza; pero cuando vio que su amo dormía, ya no se movió hasta que llegó la mañana.

Aun cuando ya el día comenzó a apuntar, hubiera continuado quieto si no hubiese oído un ruido.

Entonces despertó a su amo con un fuerte relincho.

Éste se levantó rápido, y tras él el caballo.

Comenzaba ya a clarear; en el horizonte se alzaba el sol como oro brillante.

En la brumosa lejanía, la sombra de un caballo se hacía visible. Pero nadie cabalgaba sobre él. La presencia de aquel caballo era lo que el inteligente animal acababa de olfatear.

Era un caballo extraviado. Debía haber huido de algún pasto de vacas. En primavera suele apoderarse de estos caballos solitarios un extraño sentimiento; la vida solitaria entre los animales vacunos se les hace insoportable, y, si logran alcanzar la libertad, galopan venteando la yeguada más próxima. Allí riñen en seguida con los garañones, celosos de sus yeguas, y, como los garañones no están herrados, generalmente suelen ser vencidos por el animal intruso.

Por eso el potrero debe arrojar su lazo a semejantes caballos.

Alejandro echó en seguida la silla sobre su caballo, cogió el lazo y galopó en dirección al caballo sin amo.

Pero no tenía necesidad de lazo para cogerlo. Cuando llegó muy cerca de él, el mismo caballo corrió hacia el potrero, y lanzó un alegre relincho, que el caballo de Alejandro hubo de devolver. Eran antiguos amigos.

—¿Qué milagro es éste? —murmuró el potrero—. Se parece al garañón de Paco Lacza como dos gotas de agua. Y, sin embargo, ahora debe hallarse ya en Moravia.

Pero su asombro fue todavía mucho mayor cuando los dos caballos se mordieron en los riñones para saludarse.

—En realidad es el garañón de Paco Lacza. No cabe duda. Ahí está su marca sobre la frente: "F. L." Y para mayor prueba, veo también en la frente la cicatriz de la herida que el casco de un caballo le hizo cuando era todavía potro.

El caballo arrastraba todavía el ramal con la clavija que había arrancado del suelo.

—¡Eh. caballo! ¿Cómo es que has vuelto al Hortobágy?

El caballo que se había escapado se dejó tranquilamente coger por el ramal.

—¿Cómo has vuelto? ¿Dónde está tu amo? —le preguntó el potrero.

Pero el caballo no le comprendía. ¿Qué va a saber un caballo educado entre bueyes y vacas?

El potrero condujo al animal hasta el recinto, lo metió dentro y cerró la puerta.

Después contó el caso al jefe.

Y cuando salió el sol, el secreto hubo de aclararse.

De la parte de los llanos de Zám llegó jadeante el carretillero, quien, en su gran prisa, hasta había olvidado de coger el sombrero.

Ya desde lejos reconoció al potrero y corrió directamente hacia él.

—¡Buenos días, tío Alejandro! ¿No han visto por aquí nuestro caballo blanco?

—Si, aquí está. ¿Cómo es que se ha escapado?

—Porque está pasando su día de locura. Todo el tiempo ha estado relinchando. Cuando le quería ensillar, casi me ha sacado los ojos con la cola. Y durante la noche ha arrancado la clavija y se ha escapado. Desde entonces corro detrás de él.

—¿Dónde, pues, está su amo?

—Todavía duerme; está muy cansado de su largo viaje.

—¿Qué viaje?

—¿Pero es que no ha oído usted hablar de lo que ocurrió ayer en el vado del Tisza? Las vacas que el propietario moravo había comprado volviéronse locas; en un momento dado saltaron todas fuera de la balsa, en unión del toro, y corrieron directamente a casa. El vaquero no pudo detenerlas.

—¿Entonces Paco Lacza está en casa?

—Sí; pero faltó muy poco para que el anciano jefe lo aplastase. Nunca le había oído jurar y echar pestes como cuando por la tarde llegó todo el ganado corriendo, y detrás de las bestias, jadeante, el vaquero. Su caballo estaba envuelto en espuma, y al toro le goteaba sangre de las narices. ¡Oh! Paco Lacza tuvo que oír millones de ¡carambas! y de juramentos. Hasta llegó el jefe a levantar por tres veces su palo, y lo hizo silbar en el aire; pero no llegó, sin embargo, a golpearle.

—¿Y qué dijo Paco?

—Que no era culpa suya, sino que las vacas se habían vuelto rabiosas. "Seguramente que las has embrujado tú, tunante", respondió el jefe. "¿Para qué iba a hacerlo?" "Porque tú eres el primero que te has vuelto loco. Seguramente que la 'rosa amarilla' te ha dado a beber algún brebaje encantado, como a Alejandro Décsi." Después empezaron a hablar de usted; pero no sé qué, porque cuando vieron que les estaba escuchando, me dieron de bofetadas y me echaron de allí. "Nada de esto es para ti", me dijeron. No sé quién diablos es esa "rosa amarilla". Sólo sé que cuando el viernes pasado se estaba tratando de llevar las vacas a Moravia, el tío Paco entró en la cabaña para buscar sus víveres, sacó de la manga de su szür una toquilla abigarrada, y que en aquella toquilla guardaba una rosa amarilla; que la estuvo oliendo durante mucho tiempo, y hasta la apretó contra sus labios; pensé por un momento que se la iba a comer; después quitó el forro de su sombrero, y metió debajo de aquél la rosa amarilla. Seguramente en aquella rosa era donde estaba el encantamiento.

El potrero golpeó tan fuertemente un girasol con el extremo nudoso de su garrote, que cayó al suelo.

—¿Qué le ha hecho a usted ese girasol? —como si él fuese el que había recibido el golpe.

—¿Y qué ocurrirá ahora? —preguntó el potrero al muchacho de la carretilla.

—Ayer llegaron también, a pie, los vaqueros moravos. Hablaron del asunto con el anciano jefe. Van a llevarse las vacas hacia Tisza-Fürer, y con ellas sus terneros. Así no

saltarán por el puente, pues dicen que han vuelto por causa de sus terneros. Pero la boca de Paco Lacza sonreía.

—Y Paco Lacza, ¿irá de nuevo con ellos?

—Probablemente, porque el viejo no le deja un momento solo. Pero el vaquero no puede todavía marchar. Dice que los animales necesitan un reposo de algunos días para descansar de la larga caminata, y él mismo se pasa todo el día durmiendo como un leño. En efecto, no es poca cosa el ir sin detenerse desde el vado de Polgár hasta los pastos de Zám. De modo que el viejo le ha concedido un reposo de dos días.

—¿Dos? ¿Precisamente dos? Será demasiado.

—No lo sé.

—Yo sí que lo sé. O esos dos días de reposo se convertirán en muchos días.

—-Ahora es preciso que me dé prisa. Es preciso que su caballo esté en casa antes de que se despierte. Porque cuando el jefe le riñe al vaquero, éste se venga conmigo. Pero cuando yo llegue a vaquero, también tendré entonces mi carretillero, a quien le podré dar buenos golpes. ¡Dios os bendiga, tío Alejandro!

—Ya me ha bendecido.

El mozo de la carretilla saltó sobre el caballo en pelo, se agarró a la crin y comenzó a apretar los riñones con sus talones desnudos. Pero el caballo no mostró el menor deseo de marchar; dio una vuelta, queriendo volverse a la fuerza a la yeguada, hasta que el potrero se compadeció al fin del muchacho, tocó al caballo con su fusta y la hizo sonar por dos veces junto a sus orejas; entonces el garañón se lanzó a galopar con todas sus fuerzas, dando saltos salvajes, de manera que el muchacho tuvo que agarrarse fuerte a las crines para no ser despedido.

Durante aquel tiempo, el potrero había adoptado una resolución.

—¡Dile a Paco Lacza que Alejandro Décsi lo saluda! —le gritó al muchacho.

Pero éste debió oír el mensaje con dificultad.

XI

A la mañana siguiente, el potrero fue a la yeguada y le dijo al jefe:

—Tengo que pedirle una cosa, querido padrino. Le ruego que me conceda un permiso de mediodía para esta tarde.

—Te doy el permiso, con una condición: la de que no has de entrar en la posada de Hortobágy.

—Doy mi palabra de que no pondré los pies en los umbrales de la posada.

—Si das tu palabra, sé que la cumplirás.

Pero el potrero no había añadido: "Salvo si me llevan allí."

La tarde era calurosa y asfixiante cuando Alejandro Décsi se puso en camino; el cielo era de un azulado tan acuoso que parecía agua de leche; la atmósfera estaba toda llena de vapores. Y el délibáb, la fata morgana milagrosa, era aquel día particularmente rica en cambiantes. Los pajarillos permanecían agachados entre las altas hierbas; ni uno solo de ellos se atrevía a lanzarse cantando por los aires. Enjambres de millones de tábanos, moscardones y mosquitos zumbaban en el aire agobiante. Por eso el caballo no podía ir de prisa, porque tenía que desembarazarse con los movimientos de la cabeza y de la cola de los insectos molestos y sanguinarios. Sin embargo, no equivocó el camino, aunque su amo apenas si sostenía las bridas, porque el hombre también siente cuando una tempestad se acerca.

De este modo llegaron finalmente hasta el puente de Hortobágy, aquella monumental obra de arte, de un arte húngaro primitivo.

—¡Ojo! —exclamó el potrero despertando de sus sueños—. No pongamos los pies sobre el puente, fiel amigo. Ya sabes que he jurado ante el firmamento estrellado que jamás pondré los pies sobre el puente de Hortobágy.

Pero no había jurado no cruzar nunca las aguas del Hortobágy.

Dirigió el caballo hacia el pequeño molino, donde se hallaba el vado, para atravesar el río sobre su caballo. Cierto es que el valiente animal hubo de nadar a un lado y otro; ¿pero aquello qué importaba? Sus anchos calzoncillos, provistos de flecos, hubieron de secarse pronto bajo el ardiente sol de la tarde.

Después el caballo trotó hacia la posada.

Estaba visiblemente contento, y relinchaba alegremente.

Desde el patio de la posada le respondió un relincho también alegre. Allí estaba su camarada, el caballo blanco del vaquero, atado a una acacia.

En realidad, el patio de la posada de Hortobágy no merece semejante denominación, pues la gran plaza, cubierta de hierba y margaritas que se extiende delante de la posada, el establo y la cuadra, no están rodeados por una valla; sin embargo, es una especie de patio, porque en el centro del césped se encuentra una larga mesa, junto a la cual se extienden por ambos lados bancos imperfectamente cepillados; allí es donde los huéspedes acostumbran a beber el vino y fumar sus pipas.

El potrero saltó del caballo y lo ató a una segunda acacia, no a la misma donde estaba atado el caballo blanco del vaquero.

A la sombra de la empalizada del jardín se encontraban aún otros dos cuadrúpedos con la cabeza baja, alargando de tiempo en tiempo el cuello para coger los delgados tallos que crecían al otro lado de la empalizada, y que no podían alcanzar. Mientras tanto, sus jinetes estaban cómodamente sentados bajo las acacias; a pesar del calor agobiante, su szür colgaba de sus hombros, porque en verano les sirve para hacer sombra. Bebían vino del más barato en verdes vasos, y mientras bebían cantaban una canción de pastores que nunca terminaba, con un aire aburrido y monótono. Los dos eran pastores, de aquellos a quienes el burro les sirve de caballo.

Alejandro Décsi se sentó al otro extremo del banco, puso su garrote a lo largo de la mesa y miró fijamente al horizonte, allí donde las nubes relumbrantes se hacían cada vez más espesas, uniendo el cielo con la tierra con una línea de color azul negro. Pero en un sitio se alzaba una columna brillante, de color amarillo de azufre: era la señal del viento.

Los dos pastores seguían siempre cantando:

Mientras bebe el pastor el suave vino rojo,
triste su burro pace no lejos de allí...
¡Burro querido, debes alegrarte,
pues pronto vamos a marchar de aquí!

Aquel monótono cántico se le hizo al potrero ya tan insoportable, que les gritó:

—Esteban, será mejor que no sigáis cantando esa pastorela de Belén, y que os montéis sobre los burros y salgáis arreando para el rebaño, porque si no es posible que hayáis de mojaros las pieles de cordero.

—¡Huy, qué cambiado está hoy Alejandro Décsi!

—Y aun te voy a cambiar a ti más la piel si quieres buscarme jarana —respondió con rabia el potrero, alzándose las mangas flotantes de la camisa hasta el codo.

Con el humor que tenía, era capaz de batirse con cualquiera que se pusiera en medio de su camino.

Los dos pastores comunicáronse algo en voz baja. Conocían muy bien las costumbres de la puszta, según las cuales, cuando un potrero está sentado a una mesa, el pastor no puede sentarse en ella sin su permiso, y que debe inmediatamente irse si el potrero lo manda.

Uno de los pastores golpeó la mesa con el vaso:

—Vamos a pagar, que la tormenta se va acercando.

Al oír aquel ruido, Clara salió de la taberna.

Hizo como si no hubiese visto a Alejandro; pero sacó la cuenta del gasto de los pastores, le entregó la vuelta del billete de banco y limpió la mesa con un trapo.

Después los pastores se montaron en sus burros, y únicamente cuando ya se creían seguros se atrevieron a seguir, testarudos, la canción empezada:

Sigo la pista de un lobo
al que persiguen mis perros...
Trota, trota borriquillo,
que he de llegar yo primero.

Cuando hubieron desaparecido, Clara se volvió hacia el mozo:

—Bueno, tesoro mío; ¿no me dices ni buenos días?

—Me llamo Alejandro Décsi —murmuró éste, fúnebre.

—Está bien, señor; perdóneme si le he ofendido. ¿No quiere usted entrar en la taberna?

—Gracias. Aquí fuera estoy bien.

—Pero en la taberna encontraría el señor buena compañía.

—Ya lo sé; ya veo el caballo; ya saldrá a verme.

—¿Qué desea usted, pues? ¿Vino? ¿Blanco o rojo?

—Ya no bebo vino. Cerveza. La cerveza embotellada no se la puede envenenar, porque se escapa apenas se descorcha.

La muchacha comprendió el reproche; pero se tragó la pena que le subía del pecho, y volvió en seguida con una botella, que colocó ante el mozo.

—¿Quién crees que soy yo? ¿Un sastre, que no me traes más que una botella?

—-Bien, señor, bien. Sobre todo no se enfade usted. Al momento traeré otras.

Y volvió en seguida con seis botellas, todas las cuales las colocó delante de Alejandro.

—Está bien.

—¿Es preciso que las descorche?

—No, gracias. Ya lo haré yo mismo.

Entonces cogió la primera botella, golpeó el cuello contra el borde de la mesa, saltando roto en mil pedazos, y después echó la espumosa bebida en el vaso grande. De aquella manera la cerveza resulta más cara, porque hay que pagar también las botellas. Pero el que nace caballero, siempre lo sigue siendo.

Pero la muchacha le volvió la espalda, y con pasos afectados y moviendo coquetonamente las caderas, entró en la casa. Los pendientes dorados sonaban a cada paso que daba. Llevaba otra vez los cabellos sujetos por una fuerte trenza sobre la espalda; ya no estaban levantados y retenidos en un nudo mediante la peineta. "Te pago en la misma moneda que tú a mí", quería decirle al potrero con aquel nuevo peinado.

Y Alejandro continuó bebiendo enteramente solo, oyendo cómo salía de la casa la voz de Clara, su voz clara, que cantaba lo siguiente:

Si supieras a quien quiero
no sólo yo lloraría...

La copla se vio cortada por el ruido de una puerta que se cerraba.

Cuando volvió a salir, ya había sobre la mesa tres botellas con el cuello roto. Puso las botellas en su delantal y recogió del suelo los pedazos de vidrio.

Después de vaciadas las tres botellas había vuelto a aparecer el buen humor del mancebo, el cual, mientras Clara se inclinaba para recoger los pedazos rotos, le pasó el brazo alrededor de su delgado talle.

Clara no fingía estar enfadada, pero le dejaba hacer.

—Bueno: ¿se te puede tutear otra vez? —preguntó ella con cierto reproche.

—¡Como siempre! ¿Qué tienes que decirme?

—¿Me has pedido algo?

—¿Por qué tienes los ojos tan encendidos de haber llorado?

—Porque tengo una gran alegría. Tengo un pretendiente.

—¿Quién es?

—El viejo tabernero de Vérvölgy. Un viudo, y además muy rico.

—¿Te casarás con él?

—¿Cómo no, si me obligan a ello? Déjame.

—Mientes, mientes. Pones cara de pascua, y continúas sin decir palabra de verdad.

Dejó caer el brazo con que rodeaba el talle de la muchacha.

—¿No beberás ya más?

—Seguro que sí.

—Te vas a volver indolente si tomas tanta cerveza.

—Bien lo necesito. Quizá eso aplaque un poco el fuego interior. Al otro, al que está dentro, dale vino fuerte, para que se ponga fogoso y vengamos a estar iguales.

Naturalmente, Clara no le había dicho a "el otro" que "el uno" estaba fuera.

Pero el potrero sabía muy bien qué era lo que tenía que hacer.

Comenzó a cantar una canción satírica, con la que tenía costumbre de burlarse de los vaqueros.

Su voz era fuerte y clara, y se le oía en todo el Hortobágy.

Yo soy el mozo vaquero
que mejor cuida las vacas,
bien tendido a la bartola
mientras los demás trabajan.

En efecto, apenas hubo terminado la copla, cuando el vaquero estaba ya en la puerta como si le hubiesen llamado. Tenía en una mano una botella de vino rojo tapada con un vaso y en la otra el garrote. Colocó la botella fuertemente sobre la mesa, puso su garrote junto al de Alejandro y se sentó frente a él.

Ni se dieron la mano, ni se saludaron; únicamente se hicieron una seña con la cabeza, como dos personas que se comprenden sin necesidad de cruzar la palabra.

—Compañero, ¿ya has regresado de tu largo viaje?

—Seguiré mi camino cuando me dé la gana.

—¿Te volverás a Moravia?

—Si no dispongo otra cosa.

Los dos callaron y vaciaron sus respectivos vasos.

Entonces el potrero siguió preguntando:

—¿Acaso piensas llevarte contigo una mujer?

—No sabría cuál.

—Por ejemplo, tu madre.

—En cuanto a ésa, no cambiaría su condición de vecina de Debrecen por toda la Moravia.

De nuevo volvieron a beber, silenciosos.

—¿Te has despedido ya de tu madre?

—Sí.

—¿No le debes nada a nadie?

—¿Sabes que me estás haciendo unas preguntas graciosas? No, a nadie, ni siquiera al cura. ¿Pero a ti qué te importa?

El potrero sacudió disgustado la cabeza, rompió aún el cuello de otra botella y quiso llenar de cerveza el vaso del otro.

Pero el vaquero puso la mano sobre su vaso.

—¿No quieres beber de mi cerveza?

—Soy de la opinión de los que dicen que la cerveza no sabe bien después del vino.

Entonces el potrero vació toda la botella de un solo trago, y después se puso a filosofar, lo cual era cosa de la cerveza.

—Mira, compañero, no hay nada más abyecto en el mundo que el mentir. Yo no he mentido en toda mi vida más que una sola vez, y aun entonces no ha sido por mí. Sin embargo, todavía hoy me sigue pesando aquella mentira sobre el corazón. La mentira puede tolerarse en un pastor; pero de ningún modo en un hombre que va a caballo; porque desde sus abuelos han mentido siempre los pastores. El patriarca Jacob engañó a su suegro con los corderos mezclados; después engañó a su padre con los guantes de Esaú, para recibir su bendición. Hasta el patriarca Jacob hubo de mentir. No es, pues, de extrañar que toda su descendencia, que todos los que guardan corderos mientan; pero a un vaquero la mentira no le está bien.

El vaquero rompió a reír.

—¡Ah, compañero! ¡Qué buen predicador hubieras sido! Predicas tan bien como el cura de Balmazujváros.

—¡Hum! Compañero, no sería malo para ti el que yo fuese un buen predicador; pero no puede resultarte mal si soy también un buen abogado. ¿Dices que no le debes ni un crédito a nadie en el mundo?

—¡A nadie!

—¿Sin mentir?

—No necesito mentir.

—Entonces, ¿qué es esto? ¡Míralo bien! Este papel largo. ¿No lo conoces?

Y sacó de su bolsillo la letra de cambio y la puso ante las narices del vaquero.

Éste enrojeció de vergüenza y de cólera.

—¿Cómo ha venido eso a parar a tus manos? —exclamó aquél, saltando en su asiento.

—De una manera honrada. Sigue sentado tranquilamente. No es que te pregunte, es que te predico. El buen señor, en cuya casa has dejado tú esta letra de cambio en vez del dinero, estuvo el otro día en nuestra casa a comprar unos caballos, pagando con otra letra. Entonces le pregunté qué era aquello, y me lo explicó, diciéndome al mismo tiempo que tú hacía mucho tiempo que sabías lo que era una letra de cambio. Después me enseñó la que tú dejaste en casa de su mujer, quejándose de que estaba redactada de una manera imperfecta, porque no habían escrito sobre ella dónde debía ser pagada. Se había puesto únicamente: "Pagadera en Hortobágy." Pero la puszta es demasiado grande. Por eso es por lo que yo ahora te presento la letra de cambio para que corrijas en ella el error, para que no pueda decir el chalán que un mozo de la llanura, que va a caballo, le ha engañado. Escribe, pues:

"Pagadera en la posada de Hortobágy."

Y aquellas palabras sonaban tan suavemente que engañaron completamente al otro. Creía que en todo aquello se trataba sólo de la buena reputación de los potreros y de los vaqueros.

—Bien. Si tienes con qué, yo corregiré el error para darte gusto.

Ambos golpearon sobre la mesa.

Clara vino hacia ellos. Hasta entonces había estado oculta observando la actitud de los dos rivales, y fue grande su sorpresa cuando vio que en lugar de una violenta disputa estaban en trance de hablar con toda tranquilidad.

—Tráiganos, querida, un tintero y una pluma de ave.

Trajo ella el tintero del despacho del comisario de la llanura.

Después se quedó de pie cerca de ellos, para ver lo que hacían.

El potrero señaló con el dedo el sitio, y dictó al otro lo que debía escribir:

—"Pagadera en la posada de Hortobágy." ¿Has terminado? "En el patio de la taberna." Hay que añadir eso.

—¿Por qué precisamente en el patio?

—Porque en otra parte no es posible.

Mientras tanto, la tempestad se aproximaba más aún. Se levantó un fuerte remolino de viento, como precursor de la tempestad; luego surgieron grandes nubes de polvo, y más tarde el cielo y la tierra se ensombrecieron; las gallinas de agua revoloteaban por el aire, lanzando

gritos, mientras golondrinas y gorriones buscaban de prisa un refugio en sus nidos. Y un tumulto sordo y arrollador de tormenta murmuraba a lo largo de la llanura.

—¿No entran? —preguntó la muchacha.

—Es imposible, tenemos todavía que hacer algo aquí fuera —respondió el potrero.

Cuando el vaquero acabó de escribir, el potrero quitó la letra de cambio de la mano y escribió al dorso su propio nombre.

—¿Para qué sirve el que tú hayas puesto ahí tu nombre? -preguntó el vaquero.

—Sirve para que cuando llegue el día del pago no seas tú quien pague los diez florines, sino yo.

—¿Y por qué pagarás tú los diez florines en lugar mío?

—¡Porque es una deuda mía! —dijo el potrero, levantándose y poniéndose el sombrero. Sus ojos despedían llamas de cólera.

Al oír aquellas palabras, el vaquero palideció. Ahora ya sabía lo que le esperaba.

La muchacha no había comprendido nada de la escritura ni tampoco de la conversación.

Toda asombrada, sacudía la cabeza, lo que hacía que sonasen sus pendientes. ¡De aquellos pendientes se trataba, "rosa amarilla", de aquellos pendientes y de ti!

El potrero dobló lentamente el papel, y, dándoselo a la muchacha, le dijo delicadamente.

—Querida Clara: le ruego a usted que guarde esta letra de cambio en su baúl, y cuando el señor Pelícano, el chalán, regrese de la feria de Onód y entre aquí para almorzar, déle ese papel. Y dígale que se lo enviamos los dos, los antiguos compañeros Paco Lacza y Alejandro Décsi. Los dos le saludamos. Uno de nosotros será el que pagará la letra de cambio... Cuál, ya se sabrá luego.

La muchacha se encogió de hombros. ¡Qué diablos de muchachos! Ni siquiera por ella reñían. Eran capaces de escribir sus nombres sobre el mismo papel.

Y tomando el tintero y la pluma los llevó al cuarto del comisario de la llanura, que estaba al otro extremo del corredor de las columnas.

Los dos muchachos quedaron solos.

XII

El potrero vació tranquilamente la última botella. También el vaquero bebióse el vino rojo hasta la última gota.

Brindaron.

—¡Por tu salud!

Y vaciaron el último vaso.

Después, el potrero descansó su cabeza en la mano, apoyada sobre el codo, y dijo:

—Este Hortobágy es una hermosa y grande llanura, ¿verdad, compañero?

—Sí, en efecto, es una gran llanura.

—No creo que la llanura adonde Moisés llevó a su pueblo por espacio de cuarenta años fuese mayor.

—Tú debes saberlo mejor, puesto que estás siempre sentado sobre la Biblia.

—Pero, por muy grande que sea esta llanura de Hortobágy, no lo es bastante para que tú y yo quepamos en ella.

—Lo mismo creo.

—Defendamos, pues, nuestro puesto.

Y los dos agarraron sus garrotes. Eran dos hermosos y jóvenes troncos de encina, cuyo extremo nudoso estaba cubierto de plomo.

Los dos saltaron sobre sus caballos.

Un verdadero caballero no se bate nunca a pie.

Cuando la muchacha volvió encontró a los dos a caballo. No dijeron ni una sola palabra; se volvieron las espaldas y galoparon, el uno hacia el norte, hacia el sur el otro, como si huyesen de la tormenta próxima.

Pero cuando se habrían alejado unos doscientos pasos miraron hacia atrás e hicieron dar la vuelta a sus caballos.

Después agarraron ambos sus garrotes por el extremo más delgado, clavaron las espuelas a sus cabalgaduras y corrieron el uno hacia el otro, en un galope salvaje, y haciendo vibrar sus garrotes. Aquél era el duelo de la puszta.

Y no es la cosa tan fácil como parece. Luchar con sables a caballo es ya un arte; pero aquél que lucha con un garrote tiene que calcular bien su golpe cuando galopa hacia el adversario. En este duelo ni se para el golpe ni se le evita. Cada cual da un golpe sólo, y aquél que hiere mejor, aquél gana.

Los dos caballos llegaban siempre más cerca el uno del otro. Ahora ya no están separados más que por la distancia de un brazo; sus jinetes alzan a un mismo tiempo sus pesados garrotes. Un grito salvaje. Clara permanece de pie, como si hubiese echado raíces en la tierra. Después los dos garrotes cruzan silbando el aire, caen sobre las cabezas, y los caballos continúan su carrera cubiertos de espuma.

Paco Lacza vacila sobre la silla; el garrote se le cae de la mano; el golpe le ha alcanzado en las sienes, y, sin moverse, se desliza de la silla y cae sobre la blanda hierba.

—Alejandro, Alejandro —exclama Clara temblando de miedo y de esperanza—. Alejandro, ¿estás herido?

El cuerpo arrogante de Alejandro Décsi está todavía sentado sobre la silla; pero una extraña vacilación se nota en él; las bridas caen flojas de sus manos. Al oír el grito fuerte de Clara se vuelve hacia donde viene la voz, y teniendo siempre el garrote en su diestra, cae sobre la hierba a algunos pasos de la puerta de la posada. El caballo se detiene, sintiendo vacilar a su amo sobre la silla; se aproxima a él, que está sin movimiento, y tira de sus ropas.

Clara cae temblorosa cerca del muerto. Su pálido rostro está blanco como el mármol; el muerto no está más blanco que ella. Sus labios se agitan convulsos.

—¡Alejandro! Por segunda vez soy tu asesina.

Y se cubre el rostro con las manos, desesperada, mientras a través de sus finos dedos comienzan a fluir ardientes lágrimas.

De repente se levanta. ¡Y el otro! Si viviese todavía... Si se le pudiera aún ayudar... Si por lo menos no pesase sobre ella un doble crimen. Con pasos vacilantes se aproxima al cadáver de Paco Lacza, el cual está acostado sobre el vientre. No puede ver su rostro, porque lo tiene vuelto contra el suelo; pero no se mueve, y sus musculosos miembros están rígidos. También él está muerto.

El sombrero se le había desprendido de la cabeza al caer; lo alza del suelo y siente algo blando, y cuando lo ojea cae la rosa amarilla que ella le había puesto en el sombrero unos días antes.

—Por esta rosa es por lo que habéis muerto.

Y colocando el sombrero cerca del muerto, acaricia la nuca del fiel animal, que baja la cabeza y relincha llamando a su amo.

Después vuelve junto al cadáver de Alejandro Décsi y le coloca la rosa amarilla sobre el pecho.

—¡Tú dijiste que no estarías tranquilo hasta no haber conquistado esta rosa amarilla, Alejandro! Ahora ya la tienes, ya es tuya, y nunca pertenecerá a otro.

Después cayó de rodillas, silenciosamente.

El caballo, que corría inquieto en torno a su amo, se detuvo y lanzó un relincho quejumbroso. La respuesta del otro caballo sin amo fue también quejumbrosa.

Mientras tanto, la tempestad había llegado. Negros nubarrones cubrían el cielo, y todo alrededor se tornó obscuro. Una llama fosforescente atravesó como un duende las masas negras de las nubes, y un trueno cruzó el aire, haciéndole temblar.

Clara no se movió.

Pero los caballos se encabritaron y empezaron a dar vueltas en derredor de sus amos muertos, con saltos salvajes, después galoparon desbridados en la noche tempestuosa, por las praderas envueltas de obscuridad, para llevar el mensaje a la llanura de la muerte sin gloria de sus hijos, de aquellos valientes.., que habían muerto por una "rosa amarilla".